



La espiral infinita
Jana Crespo

La espiral infinita

Jana Crespo

La espiral infinita

© 2022, **Jana Crespo**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi padre, José Antonio,
de quien aprendí a amar la literatura
y a distinguir lo importante en la vida,
para que su recuerdo perdure en este libro.*

«La literatura es una defensa contra las ofensas de la vida».
Cesare Pavese (El oficio de vivir)

Índice

[Sinopsis](#)

[La espiral infinita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Datos de autor](#)

1

Los ojos como platos clavados en el techo a las tres de la mañana. Seguía vivo, para mi desgracia. Vivía en un pequeño piso, que, al estar situado en el centro, tenía un precio excesivamente alto para su tamaño. Al menos la cama era cómoda; aunque de poco me servía si no podía dormir. ¡Vaya negocio! Me levanté con un humor de perros. Mientras preparaba el café recordé que hacía días que nadie me llamaba por teléfono. Podría morir en ese instante y pasarían semanas antes de que alguien lo notara. Acabaría encontrándome la policía tras una llamada de la vecina del tercero quejándose del olor que salía de mi casa, como en esas patéticas noticias del telediario que te hacen pensar durante dos minutos antes de seguir con lo tuyo. Llevaba un tiempo sintiendo desgana, ya nada me interesaba. Pensé en lo mucho que me gustaría ser cualquier otra persona. Lo cierto es que no me soportaba más.

Amargarme era lo único que se me daba bien. Tirado en la cama, fantaseaba con desaparecer de repente. Habría sido feliz si al menos hubiera podido quitarme del medio, pero ni siquiera tenía el valor de suicidarme. Además, me daba mucha pereza.

Estuve así algún tiempo hasta que toqué fondo. Me cansé de sentir lástima. Estaba hecho un desastre y no parecía que las cosas fueran a irme mucho mejor arrastrando mi alma del sofá a la cama como un adolescente. No iba a poder vivir muchos años en pijama a base de pastillas, pizza precocinada y cerveza barata, así que, haciendo un esfuerzo heroico, tomé una decisión. Iba a dedicarme en cuerpo y alma a vengarme del hijo de puta que me había arruinado la vida. Al menos tendría algo que hacer y me distraería de mí mismo. Era como un amigo pesado al que no podía echar de casa. ¡Me estaba volviendo loco!

Tras unos días mentalizándome, reuní fuerzas. Ya estaba listo para volver al mundo. Fui al cuarto de baño y me miré detenidamente en el espejo. Demacrado y viejo, tenía el aspecto de un hombre más bien mayor que acaba de salir de un bar de alterne a las tantas de la mañana. Las bolsas debajo de los ojos me ponían años encima y los surcos de la cara me daban un aspecto duro pero interesante. Podría ser peor. Tras una ducha caliente salí a la calle. Me sorprendió ver la luz del día, había pasado demasiado tiempo encerrado entre cuatro paredes. Paré un taxi, estaba en una forma física lamentable y no me apetecía caminar. En media hora estaba en la puerta de la comisaría decidido a empezar con buen pie. Había ido allí en busca de respuestas. No tenía nada que perder en el intento. La recepcionista me recibió sin entusiasmo y sin dedicarme dos segundos. Pregunté por Manuel, el agente que había llevado mi caso. Recordaba su nombre porque así se llama mi padre.

—¿Tiene usted apellido?

—Claro que lo tengo. —La pregunta me pareció estúpida pero no quería perder más tiempo—. Roberto Sandoval. Dígale que soy el del incidente de la calle Ramón Salgado.

Pasé al despacho y el agente me recibió con un gesto seco. Me echó un vistazo por encima y enseguida noté su rechazo. Preguntó el motivo de mi visita y fui directo al grano, le dije que estaba allí para hablar de Sandra. Le había perdido la pista después del juicio y no había vuelto a verla. Habían quedado muchas cosas en el aire. Sé que el agente se acordaba muy bien de todo porque se implicó mucho en la investigación, recuerdo que pensé que era bueno en su trabajo. Por su gesto intuí que no iba a decirme nada de nada. Lo noté molesto, aunque me trató con amabilidad.

—Siéntate, por favor—dijo sin levantar la vista.

—No, estoy bien así.

—Como quieras. Así que vienes a hablar de tu caso.

—Vaya, ¡qué buen poli eres! —contesté, consiguiendo captar su total atención—. Sí, a eso vengo.

—Guárdate tu sarcasmo. ¿Qué quieres saber exactamente? Tengo mucho trabajo

—Lo que necesito son respuestas. Exactamente.

—Pues no las tengo. —Se levantó antes de continuar—. No hay.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está —dijo levantando un poco el tono—. Olvídalo. Si vuelves a ver a tu ex, tendremos que detenerte, tienes una orden de alejamiento. No malgastes tu tiempo ni el mío. Vete a tu casa, llama a un amigo, vuelve al trabajo o haz algo que te divierta. No vuelvas a venir por aquí —concluyó señalando hacia la puerta.

Decepcionante. No había ido a buscar consejos y la verdad es que me molestaba su discursito prefabricado. Me daba igual esa filosofía de perro viejo, su condescendencia. ¡Como si yo fuera un chiquillo! No necesitaba tutela, solo respuestas claras y punto. Había sido una estupidez ir a la comisaría. En ese momento me di cuenta de que no estaba razonando con claridad, me sentí idiota. Acababa de hacer el ridículo y de ponerme en evidencia.

Salí de allí sudando. No miré atrás cuando crucé la puerta; pero intuía las miradas de desprecio. Me sentí asqueado, con ganas de vomitar. Tenía la sensación de estar completamente cubierto con papel de celofán y me estaba asfixiando. Me acababan de tomar por tonto y eso me irritaba profundamente. En ese momento lamenté no tener una pistola; habría entrado de nuevo en la comisaría dando tiros al aire y seguro que de esa forma me habrían dicho lo que quería. En vez de eso, me quedé como un gilipollas en la puerta, con mis ojeras, mis dudas y mi dignidad por los suelos, sin saber muy bien qué hacer. Tuve ganas de llorar.

Seguí caminando hacia ninguna parte. No sabía dónde vivía ahora Sandra. Seguramente se habría mudado. Ella pensó que quería matarla. Se equivocaba. No era un asesino, o al menos eso creía. Sin embargo, Sandra, la esquiva y complicada mujer con quien había convivido, lo tenía claro. Eso fue lo que más me dolió. El hecho de encontrarla con él, también. Cuando llegué y los vi, no pude reaccionar. Estuve paralizado mirando la escena a cámara lenta. Tenía la sensación de que el tiempo estaba esperando por mí, congelado. Ese momento no quedará entre los mejores de

mi vida. No tengo armas en casa, así que cogí un cuchillo de la cocina. Fue un impulso. Nunca supe reaccionar bien ante las sorpresas, tengo la habilidad de escoger la peor de las opciones. Lo que sucedió después apenas lo recuerdo. Eso fue lo que argumentó el abogado que me libró de una pena de seis a diez años por tentativa de homicidio. Me impusieron una pena de dos años y una orden de alejamiento de por vida. No llegué a pisar la cárcel. Era mi primer delito y no tenía antecedentes. No me importó demasiado. Asistí al juicio desmotivado y sin ningún interés por lo que hicieran conmigo. Había perdido totalmente mi autoestima.

Mientras caminaba miré mi reflejo en un escaparate. Veía a un fracasado en todos los aspectos. Antes de todo eso yo era una persona corriente. Trabajaba en una empresa de software haciendo implantación de aplicaciones en empresas clientes. No era el mejor trabajo del mundo, pero me gustaba y lo hacía bien. Después del juicio me dijeron que no podían permitirse tener en plantilla a una persona conflictiva, políticas de empresa. Mis compañeros hasta entonces no se molestaron en disimular su desagrado. Ni uno solo se acercó a desearme suerte. No volví a encontrar empleo, aunque para ser sincero no me involucré demasiado en la búsqueda. Estuve muy ocupado sintiendo lástima de mí mismo a tiempo completo. En cuanto a mi familia tampoco llevó bien el tema. A mi padre no lo había vuelto a ver desde el incidente. Mi madre sin embargo sufrió mucho por mí. No eran un matrimonio bien avenido. Ella estaba siempre a su sombra, no tenía opinión, era una mujer frustrada e insatisfecha. Mi padre era un cabrón que me detestaba. No me importó la indolencia de mi padre a la que ya estaba acostumbrado. Sí la desolación de mi madre en el juicio. Eso me rompió el corazón.

Seguí dándole vueltas a la cabeza un buen rato. Era el momento perfecto para llamar a un amigo. Me hizo gracia que fuera precisamente eso lo que me recomendó el poli. Pero había un problema, ya no tenía amigos. Mis conocidos se pusieron de parte de mi ex. Se dice que los amigos no juzgan, solo aceptan, y yo nunca tuve ese tipo de conexión con nadie. De niño era bastante solitario y fui un adolescente introvertido y acomplexado. No guardaba grandes recuerdos de ninguna etapa de mi vida. Estoy seguro de que mi padre me despreciaba y no tuve hermanos con los que compartir ese privilegio. Yo nunca quise tener hijos, tenía miedo de ser igual que él. Hubo un tiempo en el que Sandra intentó hablar de ese tema, me cerré en banda en todo momento. Quizás fui un cabrón egoísta al actuar de esa manera.

Ya nada de eso importaba, solo eran pensamientos inútiles que no me llevaban a nada. Tenía que concentrarme en mi objetivo, tener la mente clara. Volví a casa sin respuestas, pero con la convicción intacta. Al entrar de nuevo en el piso me pareció todavía más feo. Pensé en lo mal decorado que estaba, no había nada interesante, ni rastro de esas cosas que hacen de cuatro paredes un hogar. El típico calendario colgado en la pared de la cocina con algunas citas, fechas importantes marcadas con rotulador, el cajón con facturas de la luz, la caja de galletas llena de objetos absurdos que no sabes dónde meter, todas esas cosas que vamos dejando como el rastro de los caracoles allí por donde vamos viviendo. Nada de eso, allí solo estaban los muebles y la suciedad. Todo era impersonal. Esa casa no tenía alma, y yo tampoco. Estos pensamientos me estaban deprimiendo. Caí rendido en la cama.

Había dormido a pierna suelta y me sentía descansado. Tras una visita al lavabo, preparé un café. No sabía qué hora era, quizás media tarde, daba igual. Lo único importante de este día era que iba a conseguir avanzar en mi búsqueda. Me tiré en el sofá libreta en mano. Empecé a anotar los nombres de las personas que conocían a Sandra y podrían aportarme algo de información. Por supuesto, anoté a su madre. Era una mujer fría y bastante engreída. No me gustaba nada. Siempre sentí que le parecía poca cosa para su hija. Obviamente, no iba a llamarla. La taché. ¡Empezábamos bien! Continué con los amigos comunes. Todos resultaban poco apetecibles para una llamada, y sabía que ninguno de ellos iba a darme lo que necesitaba. Repasé y repasé en mi mente las personas con las que habíamos coincidido durante nuestra vida juntos. Tras un buen rato dándole vueltas, no había anotado nada. Cerré la libreta.

Salí a la calle a despejarme. Caminé sin rumbo fijo, estaba anocheciendo y resultaba agradable caminar bajo ese cielo. Tenía ganas de entrar en un bar, hacía mucho tiempo que no tomaba una copa. No tardé mucho en ver uno, parecía un antro, pero al fin y al cabo tampoco iba vestido de etiqueta. No me fijé en el nombre; en el barrio todos los bares tenían nombres anodinos, nada que mereciera la pena recordar.

El local era horrible, una barra vieja, decoración pasada de moda, mesas baratas distribuidas sin gracia. La limpieza brillaba por su ausencia. Me senté en un asqueroso taburete en la barra y enseguida se acercó el camarero, cuyo aspecto hacía juego con el resto del tugurio. Le pedí una cerveza, que me sirvió enseguida. Al menos no era un pesado de esos que dan la murga con comentarios absurdos acerca del tiempo. La cerveza estaba fresca, me relajé.

Tras un rato ocupado en mis cosas, noté que a mi lado se había sentado un tipo. Me miraba fijamente, incomodándome. Era un hombre de unos cincuenta años, mal vestido, con unos rasgos duros, el típico perdedor que se dedica a emborracharse hasta perder el conocimiento. Jamás le hablaría a un tipo como ese, pero él se había fijado en mí por algún motivo. No sabía lo que quería ni me importaba, estaba decidido a quitármelo de encima cuanto antes y seguir con mi cerveza tranquilo.

—¿Se puede saber qué miras? —le dije.

—¿Tú que crees? ¿Eres tonto o qué?

Su respuesta me dejó descolocado. Ese imbécil me estaba insultando, así de buenas a primeras. Pensé que buscaba pelea; estaría frustrado por su mierda de vida y querría desahogarse conmigo. No le iba a dar el gusto. O sí.

—Ya sé que me miras a mí, idiota. Lo que quiero saber es por qué —largué con cierta chulería.

—¿Cómo? ¿A quién llamas idiota? —dijo visiblemente irritado.

—No eres muy listo para darte tantos aires. Si digo idiota mirando hacia ti, te lo digo a ti. ¿No os enseñan nada en la cárcel? —Lo empujé levemente con el brazo—. ¡Pírate y déjame en paz!

Se produjo un silencio tenso. Notaba su mandíbula rígida, iba a arrearle. Solo tenía unos pocos segundos para decidir mi siguiente movimiento y no tenía ni idea de qué hacer en esa situación. No hice nada. Me quedé allí, pasmado como un espantapájaros mientras aquel tipo se preparaba para descargar sobre mí su ira. Me arreó fuerte, en la cara y con el puño cerrado. Ese día comprendí por qué dicen eso de que el que golpea primero lo hace dos veces. ¡Vaya que sí! Lo que recuerdo de ese momento fue el sonido. Los puñetazos en la cara hacen un ruido tremendo, como si te partieran los huesos. No me tumbó. Estaba de pie, frente a él, dolorido y con cara de bobo, pero seguía allí como una ramita de bambú que se dobla pero no se parte. Al fin y al cabo, era más duro de lo que yo mismo pensaba. El hombre estaba un poco desconcertado, no esperaba que yo aguantara su embestida y se quedó boquiabierto. Ahora era él quien tenía cara de bobo, así que me eché a reír a carcajadas. Creo que era la primera vez que lo hacía en meses. ¡Qué bien me sentía! La adrenalina de ese momento me sentó mejor que mil pastillas, me había relajado. Todo a cambio de una mandíbula dolorida, era buen negocio. Me di cuenta de que el tipo se estaba riendo conmigo. Al cabo de un rato estábamos compartiendo unas cervezas y haciendo confianzas.

Me contó que se ganaba la vida haciendo trabajos para gente que no quería o no sabía hacerlos por sí misma. Era conocido en el barrio, y lo llamaban cuando hacía falta una mano fuerte que no hiciera preguntas ni dejara que se las hicieran. Lo llamaban para todo tipo de cosas como echar a unos perroflautas okupas de una vivienda, a golpes, por supuesto. Echaba la puerta abajo y acababa de una vez por todas con la situación. Era eficaz, aunque alguna vez se había llevado algún susto. Me contó que una vez lo contrató un pez gordo para darle una paliza a un socio que le debía mucha pasta. El trabajo consistía en darle un escarmiento para animarlo a pagar. En esa ocasión había bebido mucho y se cebó tanto con el socio moroso que lo dejó en coma. El hombre que lo contrató amenazó con no pagar el trabajo si su socio moría, además del problema añadido de una inconveniente investigación policial. Lo pasó mal entonces y estuvo pensando en dejarlo. El beneficio que sacaba no justificaba el riesgo que suponía. El problema era que no sabía hacer nada más que pegar, amedrentar y asustar con la fuerza física. Así que allí estábamos, el matón de barrio y yo tomándonos algo en un bar de mala muerte, cutre hasta para dos personajes como nosotros. Entonces se me ocurrió.

—Tío, ¿tú me harías a mí un trabajo? Tengo algunos ahorros, te pagaría muy bien. Lo que me pidas.

—Oye, ¿de qué vas? No sé qué puedo hacer por ti a no ser que quieras que mate a alguien —dijo mientras hacía una mueca graciosa.

—Sí. Bueno, no —dudé—. Matar no, pero quiero que le hagas daño. Mucho.

—Estás de coña. —Soltó una carcajada—. Estás loco. Esto me pasa a mí por pegarle al primer pringado que veo en un bar. Paso de ti, completamente.

—Espera. ¿No quieres saber mi historia? Quizás después decidas ayudarme. Solo escúchame.

—Venga, dale. No tengo otra puta cosa que hacer. Escuchar a un pirado es el mejor de mis planes. Dispara —dijo antes de pedir otras dos cervezas.

—Hace unos años no era el tío que tienes delante. Tenía trabajo, tenía amigos que me llamaban los domingos para salir de tapas, mi familia me abría la puerta de casa y hasta se alegraban de verme. También tenía a alguien en mi vida. Era preciosa. Cuando empezamos a salir se convirtió en el centro del universo. Yo nunca me consideré gran cosa, la verdad, y pensaba que ella era la que le daba sentido a todo. Soy muy patético, ya te lo dije. Yo era feliz, ella no tanto. En eso se resume todo. Ella quería tener críos. Yo no soy una buena persona y no pensaba que tuviera nada que ofrecer a unos pobres chavales.

—Me vas a hacer llorar. ¿Y cuándo viene lo interesante? Hasta ahora tu historia es corriente y moliente. Nadie es feliz. Cuéntame otra.

—Además de un matón eres un filósofo. —Noté que le gustó el cumplido—. Sí, mi vida no es nada extraordinario. Lo que pasó después fue que un día me cancelaron una reunión de trabajo y llegué a casa antes de lo previsto. Los pillé en la cama, en mi cama. Eso me cambió la vida.

—Ahora se pone interesante. Quiero detalles.

—No es lo que crees. No soy ningún mojigato, no me hubiera escandalizado verla con otro tío. Yo mismo lo hacía con otras cuando tenía ocasión, y si no lo hice más fue porque no se me da bien ligar. Lo nuestro estaba por encima, ya me entiendes. Lo que vi en ese momento me dejó paralizado, porque el tío con el que estaba... era mi padre.

—¿Qué fuerte! ¿Tu chica se acostaba con tu viejo? Siento decírtelo, pero eso es un golpe bajo de la vida.

—Lo sé. Los amenacé con un cuchillo de cocina y ella me acabó poniendo una denuncia. La policía me interrogó en muchas ocasiones, y en todas dije lo mismo. Poca cosa, en realidad. Nunca mencioné a mi padre ni ella tampoco. La verdad me parecía demasiado humillante para mi madre, y para mí. Me callé, preferí no jugar esa carta. En el juicio ella jugó sucio, como era de esperar. Sandra siempre fue implacable. Se arriesgó mucho llevando a un tío que mintió por ella, un pringado como yo al que debió de engañar fácilmente. No sé qué pretendía, si creyó de verdad que quise matarla, o quería librarse de mí para siempre. Intuyo que buscaba pelás, quizás le interesaba aparecer como víctima por el tema de violencia de género o algo así, pero eso son conjeturas mías. —Paré un instante para dar un trago—. En cuanto al cabrón de mi padre, desapareció de la escena, no volví a verlo nunca más después de aquel día. Estoy seguro de que solo se acostaba con mi novia para demostrarme que yo era un mierda y que él podía tener lo mismo que yo si le daba la gana. Le gustó Sandra desde el día que entró por la puerta de su casa. Era un cabrón, pero no idiota. Mi pobre madre ya ha sufrido bastante en esta vida.

—Qué chungo. Lo siento —dijo mientras me ponía la mano sobre el hombro—. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Ya te lo dije. Quiero que sufra. Quiero vengarme. No me importa el dinero. Te lo doy todo. Me pegaría un tiro aquí mismo si no fuera un cobarde. Ni siquiera sabría cómo disparar.

—Bueno, tío, tal y como yo lo veo estás pasando por una mala racha. Soy experto en malas rachas. Mira, me vendría de cine tu dinero, pero no voy a hacer eso que me pides. Yo no soy un lumbreras, pero algo de esto sé, y a mí la vida me enseñó que la venganza lo único que hace es joderte la cabeza. Olvídate de eso. Mira, yo le pego duro a tu viejo, y luego ¿qué? ¿Vas a quedarte satisfecho? Un cabrón dolorido no es menos cabrón. Hazme caso y pasa del tema, sigue con lo tuyo. Y para que veas que soy buena gente, te voy a decir una cosita más: habla con tu viejo. Fin de la historia. Ahora me tienes que dejar que te arregle el otro lado de la cara, ¡para que vayas a juego! —dijo con una gran sonrisa.

Nos reímos. Me sentí comprendido por primera vez en mucho tiempo. Era curioso que un completo desconocido tuviera esa compasión hacia mí... después de darme un puñetazo, pero eso no le quitaba mérito. Me sentí agradecido y tuve ganas de abrazarlo. Por supuesto no lo hice. A mí me enseñaron de pequeño que los hombres ni lloran ni se besan. Toda mi vida había estado encorsetado, apretado dentro de un traje que no era de mi talla. Allí en ese bar con ese quinqui me sentí yo mismo. ¡Por fin! Nos dimos un apretón de manos y allí se acabó la relación con el mejor amigo que tuve nunca. Caí en la cuenta de que había olvidado preguntarle su nombre.

Cuando salí a la calle, me notaba más ligero. Para mi sorpresa, estaba contento. Caminé largo rato saboreando esa sensación, ese hormigueo interior. Después de la conversación en el bar caí en la cuenta de que sentía curiosidad por ver a mi padre y mirarlo a la cara. ¿Cómo reaccionaría al verme? Quizás tuviera mala conciencia. O puede que tuviera el arrojo de regodearse con lo que había hecho y tendría ganas de matarlo. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

3

Colgué el teléfono algo intranquilo, la conversación con mi madre me había dejado descolocado. Acababa de contarme que mi padre y ella ya no vivían juntos. Desde el juicio no había ido a verla y la había llamado en contadas ocasiones, por dejadez o pereza. Había estado demasiado centrado en mí como para prestarle atención a nada más. Yo quería a mi madre, no era ningún desagradecido, aunque estaba lejos de considerarme un buen hijo. De pequeño me sentaba en su regazo, ella me miraba, me acariciaba el pelo y yo me sentía importante. Sin embargo, lo que más recordaba de mi niñez era la frialdad de mi padre, mis esfuerzos por que me quisiera y la frustración que todo eso me causaba. Me convertí en un amargado. Tampoco soñaba con una familia feliz, nunca creí en cuentos de hadas. Mi madre no mereció la mala suerte que tuvo en la vida, sola, frustrada y no correspondida. Yo nunca hice nada por ella. Ahora era mayor y estaba cansada. Cuando la llamaba trataba de no preocuparla mucho, pero nuestras conversaciones resultaban frías y vacías. Esta vez tuve un presentimiento. Me pareció que quería que fuera a verla y era lo que iba a hacer.

Me puse la mejor ropa que encontré. Estaba muy delgado y se me notaba el golpe en la cara; pero al menos seguía teniendo buena percha. Así, limpio y afeitado, aún tenía un pase. Me estaba juzgando con generosidad, me gustaba. Estaba de buen humor esa tarde.

Cogí un taxi y en una hora me planté en casa de mi madre. Estaba nervioso antes de llamar al timbre. Pensé que debía haberle comprado unas flores o unos bombones, pero ya era demasiado tarde. Me sentí inseguro y algo ridículo poniéndome así por ver a mi madre. Parecía un niño. Ya estaba odiándome de nuevo cuando abrió la puerta.

Me quedé helado al verla, había envejecido mucho en unos pocos meses. Sentí un escalofrío cuando me abrazó. Nos sentamos en el sofá del salón y me miró fijamente a los ojos. No pude mantener su mirada y miré al suelo, a la pared, cualquier sitio me parecía más seguro que los ojos de mi madre. Era un cobarde. Se produjo un silencio tenso entre los dos.

—¿Cómo estás? ¿Qué te pasó en la cara? —Frunció el ceño con un gesto preocupado.

—Estoy bien, mamá, una pelea tonta —le dije, intentando quitarle importancia—. ¿Tú qué tal?

—Bueno, voy tirando. Desde que se fue tu padre me siento muy sola. Estoy muy vieja, ¿verdad? —Se tocó la cara, señalando sus arrugas—. Son ya muchos años y muchos disgustos. ¿Seguro que estás bien? Te veo delgado. Pero me alegro mucho de verte.

Se le quebró la voz. Me sentí mal por haberla dejado sola tanto tiempo. En ese momento todas las justificaciones que había inventado para no verla me parecieron excusas ridículas de mal pagador. Hablamos un rato de sus cosas, de sus achaques, de cómo había ido perdiendo a sus

amistades, de cómo le costaba enfrentarse a lo que le quedaba de vida. Era terrible escuchar lo sola que se sentía. La dejé hablar, lo necesitaba. Cuando terminó, parecía más tranquila.

—Y ¿qué tal está papá? ¿Os habláis? —le pregunté.

—Desde que se fue de casa no he vuelto a hablar con él. Ya lo conoces, nunca me cuenta nada. Tu padre y yo no éramos una pareja feliz. Él siempre fue a lo suyo. Llegó un momento en que ya no había motivos para seguir aguantando —le temblaba la voz mientras lo decía—, cogió sus cosas y desapareció. Ya no tenemos nada que decirnos.

—Tú ya has aguantado mucho —le dije tratando de ser cariñoso—. ¿Sabes dónde vive ahora?

—No, pero imagino que en la casa del pueblo. Estoy casi segura de que se está quedando allí. Ojalá sea feliz el tiempo que le queda.

—¡Qué cosas dices, mamá! No es tan mayor. Ni tú tampoco. Tal y como lo dices parece que le quedan dos telediaros.

—Hijo, tenía que haberte dicho esto antes. —Hizo una pausa y supe que no iba a decirme nada bueno—. No quería disgustarte, pero a estas alturas ya no me queda más remedio. Tu padre está enfermo. Es un cáncer en la sangre, lo tiene extendido y no tiene solución. No ha querido tratamiento médico. Lo siento, hijo mío. Yo ya no tengo fuerzas para esto. Tú aún puedes intentar arreglar las cosas con él. Sé que nunca estuvisteis muy unidos, pero ve a verlo, por favor, no dejes que muera solo. No quiero que te arrepientas de nada cuando él ya no esté.

Se le quebró la voz y lloró. Yo no pude.

Me fui de casa de mi madre muy perturbado. No podía pensar, estaba mareado y agotado. Estuve varios días sintiéndome ajeno a todo, como si hubiera perdido mi humanidad. La noticia de la enfermedad de mi padre me había pillado desprevenido. No sabía si me importaba, si me molestaba o me alegraba de ello. Tenía que ir a verlo, necesitaba sentir algo, lo que fuera, antes que estar así. Debía reunir el valor suficiente para dar el paso.

Sabía que mi padre estaría en la casa del pueblo. Yo conocía bien esa casa, había pasado en ella mucho tiempo en mi infancia. Era una casa vieja llena de encanto. De niño adoraba ir allí, jugar con mis amigos y mi prima, con los perros, y perderme en el campo lleno de árboles frutales y rincones que explorar. Había un pequeño estanque con peces en medio del patio. Quién sabe si seguiría allí. Me gustaba mirar en él mi reflejo y pensar en los lugares que visitaría de mayor. Aquella casa era un vestigio de mis sueños. A medida que crecemos olvidamos una parte de lo que somos, nos volvemos unos cínicos y solo creemos en lo que podemos tocar. Dejé muchas cosas olvidadas allí. Ahora ese pensamiento me dolía. No me gustaba mi vida ni en lo que me había convertido.

Con la idea de visitar a mi padre regresaron a mi vida viejos fantasmas. Esos días no pude dormir, me despertaba sobresaltado, sudando y angustiado. Me moría de miedo. No tenía un plan, más allá de plantarme allí por sorpresa y esperar su reacción. Todavía me pesaba la enorme influencia que ejercía sobre mí. Él siempre fue la sombra que lo cubría todo, el cristal a través del cual yo veía el mundo. Nunca me benefició estar tan afectado por su existencia. En una ocasión tuvo un accidente de coche y nos llamaron del hospital. Yo tendría unos doce años. Mi madre estaba al teléfono y tartamudeaba de los nervios. Apenas entendía nada de lo que me

decía, pero en ese momento me ilusionó pensar que mi padre pudiera estar muerto. Me costó disimular la decepción cuando por fin mi madre me dijo que estaba ingresado pero fuera de peligro. Odiaba a mi padre de la misma manera en que lo necesitaba y ansiaba su cariño. Así fue como me crié. Contradicciones, frustraciones y algunas cosas buenas que no recuerdo.

Tras unos días estuve preparado para ir. Esa mañana hacía buen tiempo y estaba animado. No hice nada especial, traté de no darle más vueltas y hacer lo que había previsto: seguir la ruta sin cuestionarme nada. En cuanto estuve dentro del coche, ya empecé a ponerme nervioso. Seguía siendo un crío asustado y me iba a presentar de esa guisa delante de mi padre para que me comiera con patatas. Respiré profundo y traté de decirme que todo estaba en mi mano, sentir miedo o no. Lo había leído en un libro de autoayuda. Quizás esa basura funcionase para dar un discurso delante de algunas personas, pero para enfrentarte a un padre tirano que te desprecia tanto que no se molesta ni en mirarte a la cara, para eso, no servía. Los nervios me los tuve que comer. Fui todo el viaje con el estómago revuelto, pero al menos hacía sol y el paisaje era agradable. En la radio sonaba *The Long and Winding Road*, de Los Beatles. Me entretuve pensando en tiempos pasados, cuando llevaba el pelo largo. Tardé poco más de dos horas y no me costó encontrar el sitio.

Bajé del coche más tranquilo de lo que esperaba. Eché a andar. No había ningún vecino, no se oía a nadie. Al ver la casa, el corazón me empezó a latir fuerte, pero estaba decidido. Llamé a la puerta.

En décimas de segundo todo saltó por los aires. Mi seguridad, mis expectativas, mis ansias de revancha, todo se me cayó a los pies. Me quedé sin palabras observando al hombre prácticamente moribundo que me acababa de abrir. Si algo quedaba de mi padre, no estaba a la vista. Tenía un gesto inexpresivo, aunque estaba seguro de que le afectaba verme. Me llamó por mi nombre. Creo que nunca lo había escuchado en boca de mi padre, o al menos no lo recordaba. Me invitó a entrar.

La casa seguía siendo impresionante a pesar de la cantidad de años que habían pasado. Se veía vieja, le faltaban muchos arreglos, pero en esencia era la misma. Me sobrecogió estar allí de nuevo.

—¿Estás solo? ¿Vives aquí solo?

—No, vivo con Rosa —respondió muy seco—. No está ahora mismo, ha ido a comprar a la tienda.

—¿La tía Rosa? Hace muchísimos años que no la veo. ¿Qué tal estás?

—Viejo y jodido. Me muero.

—Todos nos morimos.

—Sí, pero yo me muero más deprisa. Supongo que estás al tanto de que no me queda mucho. No me quejo ni quiero compasión. —Dio un par de pasos hacia atrás, queriendo apartarse de mí—. ¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—Vaya, ¡qué directo! Mejor, así no perdemos el tiempo, que no te sobra —Me sonó demasiado duro al decirlo—. Quiero que me digas por qué te acostabas con mi novia, por qué me

jodiste la vida, por qué desapareciste. Tengo más preguntas, pero, para empezar, podrías responder a esas.

—Muy bien. Soy un cabrón y nunca he sido un buen padre. Es lo que hay. No puedo responder a todo eso porque no hay ninguna respuesta. Quédate a comer, si te apetece.

¿De verdad eso iba a ser todo lo que estaba dispuesto a decirme? «Sí, soy un cabrón, quédate a comer». No me podía creer lo que estaba pasando. Por supuesto que me iba a quedar, no había estado tanto tiempo agobiado para que me despachara así. Lo miraba y no lo reconocía. Parecía más bajito, estaba muy delgado, daba la impresión de que cualquiera podría hacerle perder el equilibrio con un simple empujón. Ya no tenía el porte que le había caracterizado siempre, la envergadura que me intimidaba de niño (y no tan niño). El pelo frondoso había desaparecido, tan solo le quedaban restos desperdigados aquí y allá. Pensé que le iría bien un rapado. Lo peor de todo eran sus ojos, unas enormes bolsas oscuras le ponían encima veinte años. Una vez escuché en alguna parte que cada uno tiene la cara que se merece, y pensé que en este caso era cierto. No era muy amable por mi parte pensar esas cosas, pero era lo que me salía.

Estaba que echaba humo con la contestación que me había dado, pero traté de mantener la compostura. No sabía qué hacer, así que pasé de él y me puse a curiosear por la casa esperando que volviera mi tía de la tienda. Cuando llegó, se emocionó mucho al verme. Al contrario que mi padre, ella era muy expresiva y nunca se guardaba una alegría si podía compartirla. Mi padre se sentó en la cocina mientras Rosa enredaba en las bolsas y colocaba la compra en la alacena. Era una mujer enérgica, fuerte en físico y espíritu. A pesar de los años, conservaba una vitalidad envidiable. Hablaba sin parar de esto y aquello, poniéndome al día de las cosas de la familia. Me enteré de que mi prima Raquel había terminado derecho, que trabajaba en un bufete muy importante, que estaba viviendo con un hombre también abogado y Rosa no entendía por qué no se casaban. Me hizo gracia recordar a mi prima, en aquella casa, cuando me sonreía y me decía que yo iba a ser su marido y que nos fugaríamos a un lugar lejano. Luego nos besábamos, yo era un enano, ella era algo mayor que yo. Escuchando a su madre en ese mismo lugar, me alegré de que le fueran bien las cosas.

En cuanto estuvo todo listo, ayudé a poner la mesa y nos sentamos los tres a comer. Yo estaba cortado y muy molesto con mi padre, no quería mirarlo. Rosa le hacía gestos de complicidad constantemente, era una mujer cercana y sabía qué hacer para que los demás se sintieran bien. Yo estaba realmente agradecido de que ella estuviese allí. Al poco rato de empezar la comida, mi padre dijo que se iba a descansar. Rosa se levantó.

—Sigue comiendo, Roberto, voy a acompañarlo. Enseguida bajo.

Subieron las escaleras mientras yo me quedaba mirando como un idiota. Pensé que tenía que haberlo acompañado yo, pero me parecía que ofrecerme fuera de tiempo sería peor que no hacerlo. Me pasaba eso a menudo, no reaccionaba en el momento y luego me flagelaba mentalmente por no saber qué hacer. Esta no fue una excepción. Tras un rato volvió Rosa con su eterna sonrisa, dispuesta a dedicarme su tiempo sin pedir nada a cambio. Sentí envidia de esa mujer. Yo nunca había sido tan generoso.

— ¿Cómo te van las cosas? ¿Qué tal llevas lo de tu padre? —preguntó mientras se sentaba a mi lado.

—Pues no lo sé. Me enteré hace unos días y todavía no sé cómo lo llevo. ¿Tú qué?

—Bueno, lo llevo. Fue él quien me pidió que viniera. Fue una sorpresa enorme. Nunca antes me había pedido nada, ya sabes lo orgulloso que es. Dejé mi piso como estaba y me vine. Sabía que estaba muy malito, pero la enfermedad evoluciona muy rápido, cada día veo cómo empeora. Últimamente ha tenido un bajón. Ya casi no me habla, pero sé que agradece mi compañía. No hablamos del cáncer, es como si no existiera. Le veo morir y se me parte el corazón. Manuel tuvo una vida muy complicada; me encantaría poder darle más cariño, pero no me deja. Quizás a ti te deje.

—¡Tienes que estar de broma! Mi padre me odia. No te imaginas el infierno que pasé de niño. Hay cosas que no sabes. No quiero hablar mal de él, tal y como está. Pero no me pidas que le dé cariño. Bastante hago con no escupirle a la cara. —Puse un gesto de asco—. Déjalo estar. Solo vine a buscar respuestas, y ya veo que aquí no voy a encontrar nada. Bueno, a ti, que me alegro un montón de verte de nuevo.

—Y yo a ti. Eres la familia que me queda. Quédate unos días. Hay sitio de sobra y podremos hablar. Hay muchas cosas que te puedo contar de cuando eras niño. —Me pasó la mano por la cara—. Y podemos hablar de tu padre, si quieres.

Pasamos la tarde charlando mientras no paraba de darle vueltas a la idea de quedarme allí. Decidí posponer la decisión hasta el día siguiente, el calor de Rosa me hacía feliz y quería saborear el momento. Disfruté de la cena, con todas esas historias que ella sabía de mi infancia y que me encantó recordar. Me fui a la cama contento por el vino y por saber que, en mi niñez, no todo fue malo. Me dormí enseguida, con una sensación muy agradable.

Me desperté aturdido. Miré alrededor. Noté una punzada en la boca del estómago; con el sueño había olvidado que estaba en aquella casa. El color de las paredes, un tono anaranjado que no había vuelto a ver en ningún sitio, las cortinas con un estampado de hace cincuenta años, la mesilla de madera vieja y algo carcomida. Sentí una mezcla de alegría y nostalgia. Jamás pensé que volvería a esa casa. Era demasiado estar allí conviviendo con mi padre. Solo tenía una muda y unas pocas cosas de baño, así que me puse la misma ropa del día anterior. Aun así, decidí que me quedaría un par de días de cortesía y me iría a mi piso. Y me olvidaría de mi padre, para siempre.

Esos días fueron muy extraños, pero dadas las circunstancias, era de esperar. Mi padre con su carácter tosco, apenas sin hablar. Mi tía haciendo lo imposible por ayudarnos a los dos. A pesar de toda su calidez, empecé a notarla cansada. A veces la pillaba con los ojos húmedos, pero no me atrevía a preguntar. En la cena anuncié que me iría por la mañana y no dijo nada.

Al día siguiente me sentía un poco culpable por dejarla allí sola con el problema. Me levanté y empecé a hacer la bolsa para marcharme. Bajé las escaleras muy decidido a disculparme con ella e irme cuanto antes.

Al llegar a la cocina, la encontré llorando. Yo llevaba la bolsa de deportes en la mano y me quedé plantado en la puerta sin saber muy bien qué hacer, para variar. Ella me vio y se abalanzó sobre mí de tal forma que casi me tira al suelo. No tuve más opción que dejar caer la bolsa y abrazarla yo también. Estuvimos así un rato. En ese momento ignoraba lo que estaba pasando, pero no quería presionarla. Al cabo de un rato, se calmó. Me pidió que nos sentáramos a tomar el café que acababa de hacer y por fin se animó a hablar.

—Estoy agotada. Estos meses aquí cuidando de Manuel me han dejado hecha polvo. Ya no estaba bien antes. Intento parecer animada, pero es solo una forma de seguir adelante, no quiero ir dando pena por la vida. —Se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta—. Desde que murió Andrés, a mí se me hace todo cuesta arriba. Tu prima Raquel es mi principal orgullo, pero ella hace su vida. No la quiero molestar con mis tonterías. Me he sentido muy sola y tuve un poco de depresión. El médico me dio unas pastillas. Las tomo siempre; yo para eso soy muy constante. Me ayudan, al menos tengo ganas de levantarme de la cama para ir al trabajo, pero no hacen milagros. Me cuesta un mundo. —Tragó saliva para poder continuar—. Cuando me llamó tu padre, vi la oportunidad de volver a sentirme útil, de hacer algo por alguien. Durante estos meses he dado todo de mí, pero ahora mismo siento que no tengo más. Esto es muy duro y he vuelto a revivir todo lo que pasé con Andrés. Roberto, necesito que te quedes cuidando de tu padre unos días para que yo pueda irme a mi casa y descansar, porque si sigo así voy a ponerme

enferma. Has aparecido de repente cuando llevabas mucho tiempo sin verlo, has venido por algo y creo que necesitas estar con él. Hago lo que puedo, pero tal y como estoy, no aguanto más.

Me quedé mudo. En los últimos días había recibido muchas noticias inesperadas, empezaba a ser molesto que las cosas no salieran nunca como yo las había pensado. Ahora me encontraba ahí, frente a la mujer que había estado meses cuidando de mi padre con total dedicación y que me pedía unos días para descansar. Mis opciones de zafarme de eso eran más bien pocas, y encima sentía cariño hacia ella y la comprendía perfectamente. Quizás después de todo no era tan mala gente. Esta vez iba a hacer lo correcto.

—No te preocupes. Vete y descansa, ya has hecho por él mucho más que nadie. Yo me quedo el tiempo que necesites, y si luego te sientes con ganas, vuelves y si no, buscaremos alguna otra solución. Yo no tengo trabajo, ni novia, ni perro que me ladre. Nadie me espera, así que no tengo mejor plan que aguantar a un viejo cascarrabias unos días. Quizás cuando vuelvas, aún no nos hayamos sacado los ojos. Tú no te preocupes, que si no se muere del cáncer, me lo cargo yo mismo —dije sonriendo.

Nos abrazamos de nuevo y me sentí feliz de poder hacer algo por ella. Iba a pasar unos días horribles con mi viejo, pero aquel momento ya no me lo iba a quitar nadie. Sentí que estaba cambiando y que quizás sí iba a encontrar las respuestas que buscaba, aunque no donde esperaba. Había estado buscando las razones por las que mi padre era así, y lo que necesitaba saber era el porqué de mí mismo. Rosa había tocado la primera tecla. Nunca antes había tenido la oportunidad que ella me daba ahora.

Cuando tuvo la maleta lista, se despidió de nosotros. Cerró la puerta y ahí me quedé a solas con mi pasado, mi presente y también mi futuro. Y estaba contento.

No tenía apenas ropa que ponerme y mis planes pasaban por acercarme a mi piso a coger cosas para quince días más o menos. El dilema era qué hacer con mi padre mientras tanto, así que decidí llevármelo. Al fin y al cabo, solo tendría que estar sentado en el coche y aprovecharíamos para hablar. Allí no tendría escapatoria. No le diría nada hasta el momento de irnos, para que no me tocara las narices.

Pasamos el resto del día sin hablarnos, cada uno a lo suyo. Había muchas cosas que ni me había planteado, como hacer la comida y la cena para los dos. No tenía ni idea de sus gustos y manías, así que tuve que improvisar. No me fue mal. Al día siguiente le dije que nos íbamos a mi casa. Le ayudé a asearse y vestirse. Era la primera vez en mi vida que le ayudaba en algo. Todavía podía moverse, subir y bajar las escaleras, charlar un rato sin fatigarse demasiado, pero las cosas se le iban haciendo complicadas a estas alturas. Entendí que aceptaba mi ayuda, aunque ni me miró mientras le colocaba la chaqueta.

—No me apetece ir en coche. Puedo quedarme solo mientras vas a recoger tus cosas —dijo con su brusquedad habitual.

—No sé cuánto voy a tardar, papá. A lo mejor surge algún imprevisto y no quiero estar agobiado pensando en si estarás bien.

—¡Vaya estupidez! Rosa sale muchas veces y yo me quedo en casa.

—No es lo mismo —me armé de paciencia para no saltarle al cuello—, Rosa va al mercado y tarda media hora. ¿Qué más te da? Solo vas estar sentado un rato, conmigo. Ya sé que no es el sueño de tu vida, pero es lo que hay. Estás enfermo y yo voy a cuidar de ti, mal que te pese. Si te dejo aquí solo, eres capaz de morirme para joderme.

Noté que le hizo gracia mi comentario; pero era demasiado orgulloso para exteriorizarlo. Se hubiera plantado fuego, antes que reírme a mí un chiste. Me lo tomé como una pequeña victoria. Me encontraba animado, me gustaba mi nuevo papel de enfermero de un viejo odioso y resentido conmigo por quién sabe qué.

Después de desayunar ya estábamos listos para marcharnos. Una vez sentados en el coche, mi padre se relajó un poco, incluso creo que le hacía cierta ilusión el viaje. Supongo que tanto tiempo encerrado en casa le estaba pasando factura. Le vendría bien un poco de variedad. El paisaje durante el trayecto era bonito, iba entretenido mirando por la ventanilla. Parecía contento. Ante ese panorama tan propicio, me arranqué a hablar. Por la puerta grande.

—Dime una cosa: ¿vamos a hablar de lo que pasó con Sandra en algún momento? ¿O vas a morirme sin decirme ni una palabra al respecto?

—¡Joder! Empiezas fuerte. —Se reincorporó en el asiento—. ¿Para eso querías meterme en este maldito coche? Yo también tengo una pregunta para ti. ¿A qué viene este rollo del buen hijo? Tú no eres así. Siempre has sido un egoísta.

—Muy bien, soy lo peor. —Empecé a calentarme—. En cambio, tú no has hecho más que ayudarme toda mi vida. Ya de pequeñito me tratabas con mucho amor, pero de adulto ya fue la leche lo de acostarte con mi novia y llevarme a un juicio que me arruinó la vida, o lo que fuera. Pero claro, yo soy un egoísta, eso lo explica todo.

—Yo no te llevé a juicio, fue tu ex novia. Estabas tan equivocado con ella que ni lo viste venir.

—¿Así que me hiciste un favor? Si no te callas de una puta vez, juro que te tiro del coche en marcha.

—¿No querías que hablara? ¿En qué quedamos?

Me quedé sin argumentos y me empezó a hervir la sangre. Para eso prefería no hablar más. Mi padre tenía el poder de seguir afectándome y él lo sabía. Aún era capaz de noquearme fácilmente. Me hacía sentir inseguro. Se quedó callado, mirando por la ventanilla. Yo trataba de no hacerle caso, pero no podía evitar mirarlo de reojo. Lo veía tan diferente físicamente, las manos arrugadas, la cara chupada y, sin embargo, conservaba todavía ese extraño carisma que tuvo siempre. Él era una persona de esas que se hacen notar. Yo no. Sentí ganas de llorar, pero ya había hecho bastante el ridículo, así que me aguanté.

Seguí conduciendo, tratando de no darle vueltas y concentrarme en la carretera. Fue imposible. Notaba su superioridad en el cogote y me sentía muy incómodo. El impulso de tratar de arreglar las cosas se había esfumado. Pensé de todo y nada bueno, de nuevo era mi peor versión de mí mismo. Me comían las ganas de estrangularlo; era lo que se merecía por haberme convertido en un imbécil amargado. ¡Muchas gracias! Encima me molestaban mi victimismo y

mi cobardía. Al final mi padre tenía razón sobre mí, pero no dejaba de odiarlo por ello. No podía soportarlo más.

Empecé a acelerar. Mucho. Mi padre torció la cara para mirarme, pidiendo una explicación con el gesto. Seguí pisando el pedal a fondo. Noté primero su sorpresa, después su miedo. Tenía claro que no iba a parar. Por una vez, yo tenía el control. Tenía su vida en mis manos y estaba dispuesto a acabar con ella, aunque me costara también la mía. No era gran cosa, en cualquier caso. De perdidos, al río. Mi padre había empezado a gritarme que frenara. Aquella locura no duró mucho, al entrar en una curva muy cerrada perdí el control del coche. Nos salimos de la carretera. El vehículo no se detuvo hasta que chocamos frontalmente contra un muro.

No había pensado en las consecuencias de lo que acababa de hacer, pero las iba a descubrir enseguida. El golpe había sido tremendo. Estaba temblando y tardé un momento en recuperar el control de mi cuerpo. El salpicadero estaba cubierto de sangre. Comprobé que podía moverme y giré la cabeza para ver a mi padre. Lo que vi fue espantoso. Tenía una herida en la cabeza, sangraba como un cerdo y no se movía. No sabía si estaba vivo o muerto. Yo, fiel a mi costumbre, no supe qué hacer. Si lo dejaba ahí solo, no duraría mucho con la cantidad de sangre que estaba perdiendo. Dudé. Sabía que la decisión que tomara en ese momento iba a marcarme para el resto de mi vida.

Eché a correr ladera abajo. Apenas recuerdo los detalles, ni cómo salí del coche. Solo la sensación de correr lo más rápido que podía. Me iba la vida en ello. Estaba aturdido y cansado, pero convencido de que era lo que quería hacer. Me dolía mucho una pierna y no podía ver bien. Si tenía tanta energía, era por la adrenalina y la rabia del momento. No sabía a dónde iba, pero intuía que acabaría cayendo en el hoyo que yo mismo había cavado con mis actos. Mientras corría me imaginaba a mi padre desangrado, agonizando. Me caí de bruces y ya no fui capaz de incorporarme. Tenía mucho sueño, no sabía a qué distancia estaba del coche. Me quedé en un estado de semiinconsciencia no sé por cuánto tiempo. Entonces no sé si soñaba o recordaba, pero estaban en mi cabeza todas las personas que alguna vez fueron algo para mí. Me juzgaban. Mi ex me llamaba asesino. Ella, una mujer fría y mentirosa, capaz de engañar y manipular por sacar algún beneficio económico. Mi madre se reía de mi desgracia. La misma egoísta que me convirtió en un inútil para sentirse necesitada. Mi padre me condenaba al infierno. Él, que me hundió emocionalmente, me podó como a una mala hierba y me lanzó todo lo lejos que pudo de su vida, robándome la mía. Cerré los ojos y todos desaparecieron.

Al despertar me dolía muchísimo la cabeza. No tenía ni idea de dónde estaba, ni cómo había llegado hasta allí. Me costó un rato ponerme en situación, saber quién era yo y qué hacía en una cama de hospital. Estaba en una habitación blanca. No había nadie más. Tenía clavado un tubo en el brazo del que salía un líquido trasparente, y un fuerte dolor en una pierna. Supuse que el líquido que me estaban metiendo sería un calmante. No estaba haciendo efecto. Me toqué la cara para comprobar que todo estaba en orden. Repasé con la vista todo mi cuerpo y observé magulladuras, heridas y cortes, pero podía moverme. Tenía náuseas. Me invadían las dudas. Y no quería quedarme allí.

Justo cuando intentaba quitarme la vía, entró alguien en la habitación. Me dejó descolocado. Era el poli que llevó mi caso con Sandra ¿Qué hacía allí? No entendía nada. Puse cara de póker.

—Hola, Roberto. Veo que estás despierto.

—Vaya, qué observador eres —dije sin muchas ganas.

—Y sigues con tu particular sentido del humor. Me alegro. ¿Qué tal estás?

—Estuve mejor, ¿qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? ¿Qué es lo que recuerdas? —Se acercó a mí para escucharme mejor.

—Poca cosa. Recuerdo que iba en mi coche.

—Tuviste un accidente. Cuando llegó la ambulancia, estabas desmayado a cierta distancia del coche y tu padre estaba atrapado en el vehículo.

En ese momento sentí un escalofrío. Me acordé del accidente. Yo lo había provocado. Mi padre. Iba con él en el coche. ¿Había matado a mi padre? ¿Era un asesino? Temía la respuesta.

El agente me observaba con una expresión que yo no entendía. Creo que me detestaba. Sinceramente, creo que se alegraba de verme así. Supongo que hay que tener una sensibilidad un poco curtida para trabajar como policía, todo el día viendo la miseria humana. Debe de ser difícil no acabar deprimido, pegándote un tiro con tu propia pistola. Suponía que me estaba tomando por un asesino cutre y cobarde. Si le hubiera pegado un tiro a mi padre a sangre fría en la tapa de los sesos, me respetaría más. Pero no, en vez de eso dejé que se muriera. Porque estaba muerto. ¿O no? Ni siquiera lo sabía. Deseaba que así fuera. No me atrevía a preguntar. Él parecía que sí, así que volvió a la carga.

—Entonces, ¿me cuentas qué ocurrió? —insistió.

—Te lo contaría, pero no recuerdo nada.

—Vaya, tienes una amnesia postraumática. —Noté cierta retranca en su tono.

—Muy bien, me ha tocado el poli listo, ¡qué suerte tengo!

—Roberto, cuando entraste en comisaría hace unos días haciendo preguntas, me quedé muy preocupado. Ahora este accidente. Yo solo estoy aquí para aclarar esto, pero tengo la sensación de que algo no va bien contigo.

—¡Deja de preocuparte por mí!

—Hago mi trabajo —replicó con calma—. Ahora tengo que irme, descansa y hablaremos. Necesito que me des tu versión de lo sucedido. Poco a poco irás recordando. Habla conmigo cuando estés listo.

No soportaba a ese tío. Me quedé aliviado de que se fuera. No tenía ni idea de qué había pasado tras el accidente. Suponía que mi padre estaba muerto y por eso estaba allí el policía. Aunque puede que estuviera gravemente herido, o en coma, o que tuviera un par de rasguños y lo hubiera largado todo. Esta última posibilidad me parecía remota, recordaba la imagen de mi padre malherido cuando salí corriendo. Podrían acusarme de omisión de socorro. El poli no había mencionado nada de eso, me estaba precipitando en mis conclusiones. Necesitaba algo más de información sobre lo ocurrido antes de decidir qué hacer, pero no sabía a quién pedírsela. Decidí esperar a que entrase un médico o una enfermera, cosa que en algún momento tendría que suceder.

Pasé bastantes horas a la espera, ansioso. Sudaba mucho y no me encontraba bien. El calmante seguía sin hacerme nada. Me dolía la pierna cada vez más, demasiado para ser solamente un golpe. Empezaba a preocuparme que estuviera rota o tuviera algo clavado dentro, no estaba vendada, pero yo la veía de un color azulado horrible. Traté de tranquilizarme; al fin y al cabo, estaba en un hospital y no iban a dejar que perdiese la pierna por muy asesino de viejos que fuera. Me estaba poniendo muy nervioso, necesitaba hablar con alguien ya.

No sé cuánto tiempo pasó —me parecieron horas— hasta que finalmente entró un médico en la habitación. No parecía muy simpático y tenía un rostro avejentado poco atractivo. Con todo, tenía un porte elegante. Yo respetaba a los médicos. Me miró la pierna un par de minutos antes de hablarme.

—¿Cómo se encuentra?

—Horriblemente mal. ¿Me puede decir por favor por qué tengo la pierna casi azul?

—Cálmese. ¿Se ha quitado la vía? Está nervioso, llamaré a la enfermera para que le administre un ansiolítico.

—No necesito un puto ansiolítico —dije bastante irritado—, necesito saber qué me pasa, qué hago aquí. ¿Qué pasó en el accidente?

—Muy bien, tranquilícese —me dijo con paciencia—. ¿No recuerda nada?

—Casi nada.

—Es normal. Verá, señor Sandoval, después de un accidente es bastante frecuente tener pérdidas de memoria por causa del estrés, poco a poco irá recordando. Yo no puedo decirle lo que pasó porque no lo sé. Respecto a su pierna, tiene un coágulo derivado de un golpe muy fuerte; en principio le estamos administrando un anticoagulante junto con un sedante, por eso es importante que no se quite la vía. Tiene que estar en observación. Si el medicamento no hace efecto, tendríamos que recurrir a la cirugía.

—¿Es grave? —Estaba empezando a asustarme.

—Puede serlo. Un coágulo puede dañar permanentemente las venas, y también hay la posibilidad de que se desprenda de la pared de la vena y llegue a los pulmones, en cuyo caso sería mortal. Ese sería el peor de los escenarios y de momento no lo contemplamos. Lo que sí le advierto es que no puede volver a retirarse la vía y que haremos todo lo posible por salvarle la pierna. Deberá permanecer en reposo, volveré a verle en un par de horas.

—Escuche, doctor, ¿qué pasó con el hombre que estaba conmigo en el accidente, sabe usted algo? Es mi padre

—Vaya. —En ese momento dudó, se rascó varias veces la barbilla, incómodo—. Su padre entró en el hospital con un traumatismo craneal muy fuerte. Estuvo en estado crítico, pero hemos conseguido estabilizarlo. Ahora mismo no puedo decirle más, todo dependerá de cómo pase las siguientes horas. Lo lamento, ojalá pudiera darle mejores noticias.

Se marchó de la habitación con gesto serio, como si acabara de darme una mala noticia. Me quedé contrariado, la verdad es que esperaba que mi padre hubiera muerto. Por mi culpa. O debería decir gracias a mí. Después de todo le habría hecho un favor. Su muerte supondría una liberación para los dos. Estaba bastante seguro de que mi padre no iba a salir con vida de ese hospital, por el gesto del médico se veía que la cosa era seria. El problema es que yo tampoco estaba para echar cohetes. La maldita pierna me dolía como si me la estuvieran comiendo mil hormigas por dentro.

Pasé las siguientes horas como un perro enjaulado. Llamé varias veces a la enfermera y tardó demasiado en venir, creo que de forma premeditada. Me estaba incomodando, sudaba mucho y estaba de muy mal humor. Cuando llegó, me puso más calmante y de paso me miró como si yo estuviera loco. Me pareció repulsiva. Al poco rato la medicina comenzó a hacer efecto.

Sentí tocar la puerta y se abrió sin darme tiempo a contestar. Era mi tía. No la esperaba. Estuve tan absorto que ni recordaba que tenía familia. Enseguida se acercó a mí y me saludó con el cariño que solo ella sabía dar. Yo hubiera querido que Rosa fuera mi madre, la verdad. Mi madre siempre se hacía la víctima y cuando había algún problema, se venía abajo. Eso me irritaba. No soportaba su falta de dignidad, siempre dando pena, siempre con su tono de voz lastimoso. En cambio, mi tía era una mujer fuerte y decidida que nunca se dejaba vencer por las circunstancias. La admiraba.

—Estás muy pálido, y esa pierna tiene mala pinta. El médico me ha puesto al día de todo. Tranquilo, que estás en buenas manos. En cualquier caso, mejor cojo que muerto, ¿eh? Si la cosa se pone fea, que te la quiten y listo.

—¿Qué cosas dices! Como si me fuera a cortar el pelo. Tú sabes que si te cortan la pierna no vuelve a crecer, ¿verdad?

—Ja, ja, qué gracioso. —Se sonrojó un poco—. Mira, yo solo te lo digo porque te quiero. No sabes lo preocupada que estaba. He venido en cuanto me llamaron. No tenía que haberos dejado solos. ¿Qué hacíais en el coche? ¿A dónde ibais? ¿Cómo se te ocurrió? Bueno, ya me lo explicarás, ahora lo importante es que los dos salgáis de aquí cuanto antes.

—¿Cómo está papá? ¿Sigue crítico?

—Parece que va a salir adelante. Creo que el golpe fue muy fuerte, dicen los médicos que ha tenido mucha suerte. —Se quedó pensando unos segundos—. Suerte, dicen, y eso que está enfermo de cáncer. Parece una broma, ¿verdad? El caso es que no va a dejar este mundo así como así. Es un luchador.

—Supongo que sí.

—Por cierto, acabo de hablar con el policía que anda por el hospital. Por lo visto, al haber heridos en el accidente tienen la obligación de investigar lo sucedido. No tardará mucho en irse.

—No estoy tan seguro. —Dudé un momento antes de seguir—. Hay algo que no te he contado. No soy una buena persona, y además creo que me he vuelto loco.

—No estás loco, no vuelvas a decir eso. ¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Todo esto es culpa mía, yo provoqué el accidente.

No podía creer lo que acababa de decir. Rosa me miraba con los ojos abiertos como platos y yo me sentía como un niño pequeño que acaba de romper algo. Me sentía completamente vulnerable y entregado hacia la única persona que de verdad me tenía afecto.

—¿Por qué ibas a hacer una cosa así? ¿Tanto odias a tu padre?

—Más aún. Mira, puede que para ti haya sido un hermano estupendo, pero te aseguro que como padre no dio una a derechas.

—No fue un hermano maravilloso, hizo lo que pudo. No tuvimos las cosas nada fáciles. Lo pasamos muy mal.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Ya lo sé. Hay muchas cosas que no sabes. —Se sentó a mi lado para continuar hablando—. Yo tampoco te lo he contado todo. Ya ves.

—Pues ya estás largando. Me lo debes después de la confesión que acabo de hacer.

—Es raro que tu padre nunca te haya contado nada de su vida. De tu madre no me sorprende tanto. El caso es que aquí estamos y no tengo por qué ocultarte nada. —Se tomó un tiempo para respirar profundo, ordenando las palabras en su cabeza—. No quiero callarme más.

Yo estaba muy cansado, me pesaba el dolor físico casi tanto como el desánimo. Me sentía tan derrotado que esperaba con resignación lo que Rosa iba a contarme. Sabía de antemano que nada de lo que dijera podría hacerme cambiar de idea, a no ser que tuviera una máquina del tiempo y pudiera deshacer todos los malos momentos que mi padre me hizo pasar. Aun así, no perdía nada por escucharla.

—Odias a tu padre y te entiendo; pero piensa que quizás no todo fue culpa suya. Puede que no supiera hacerlo mejor.

—Ya, me vas a decir que no sabía que tenía que querer a su hijo. Entonces o es un tirano o un idiota. No sé qué excusa puede haber para tratarme como me trató toda la puñetera vida. Rosa, ¡que yo renuncié a tener hijos por no parecerme a él! No hubiera soportado traer a este mundo a un crío para hacerle sufrir.

—Oye, no te voy a explicar cómo funciona la vida —se puso un poco arisca—, no pretendo justificar nada. No soy una psicóloga ni tampoco estoy para juzgar a nadie. Bastante tengo con llevar mis cosas. Solo te digo que tu padre tuvo una carga muy grande que no supo llevar.

—No te pongas a la defensiva, es que no sé de qué me hablas. No sé casi nada de mi padre. Nunca tuvimos una conversación íntima. Se pasaba todo el día trabajando y en casa me ignoraba, y mi madre jamás hablaba de sus cosas. Me acostumbré a no preguntar. Cuéntamelo, anda.

—Para empezar, tengo que hablarte de nuestro padre y de la forma en que nos crío a Manuel y a mí. Tú no te acordarás de tu abuelo porque murió cuando tenías dos años, pero era un hombre muy duro. Nos lo hizo pasar muy mal de niños. Era muy estricto y poco cariñoso. Tenía unas ideas religiosas raras que no entendíamos, pero lo peor es que era violento con nosotros y con mamá. Si tenías el más mínimo error, te lo hacía pagar caro. Era especialmente duro con Manuel, lo tenía aterrorizado. Pasé muchas noches sin dormir por miedo a que entrara en la habitación. A mí no me pegaba mucho, supongo que porque era una chica, pero con tu padre se cebaba. A veces llegaba de mal humor y la tomaba con él sin motivo. Nunca sabías cómo iba a reaccionar. Una vez llegó muy enfadado del trabajo y Manuel estaba en el comedor escribiendo. Lo agarró y le empezó a pegar muy fuerte, sin más, y con las mismas se fue a su habitación. Aquel día le dejó sordo de un oído para siempre. Le teníamos pánico. —La voz se le estaba entrecortando y tuvo que hacer una pausa—. A mamá también le pegaba. Eran otros tiempos y eso se veía normal dentro de las familias. Yo a mi padre no le quería, de niña soñaba que le pasaba algo y no volvíamos a verle. Me dolía ver a mi hermano sufrir, le hizo muchísimo daño, del físico y del otro. Creció amargado y resentido. Ni siquiera se pudo dedicar a lo que le gustaba, que era escribir. Era muy bueno. ¿A que no lo sabías? Llegó a ganar varios concursos cuando era joven, pero tu abuelo nunca consintió y lo obligó a trabajar en el negocio familiar. También en eso lo castigó. A saber por qué.

Me quedé paralizado. No tenía ni la más remota idea de que mi padre había sufrido malos tratos de niño. Jamás me lo dijo, ni él ni nadie. Rosa estaba muy afectada y quise hacerle un gesto cariñoso, pero en ese momento no pude.

—Conmigo no fue tan bruto —continuó—, pero no creas que le estoy agradecida. Manuel conoció a tu madre por el negocio. Ella, como ya sabes, era de buena familia. Lo que quizás no conoces es que nuestro padre le hacía la pelota hasta el asco. Desde el primer momento removió cielo y tierra para llevar a buen puerto esa relación. Creo que Manuel se dejó querer por obediencia. A mí nunca me gustó tu madre y no te lo voy a ocultar, siempre me pareció una persona débil, sin sangre. Sospecho que se quedó embarazada para animar a Manuel a casarse, pero es solo mi opinión. Sé de buena tinta que mi hermano quería tenerte, entonces hablábamos bastante y estaba ilusionado con la idea de tener un hijo. Durante una temporada lo vi feliz, pero no duró. Empezó a beber y fue de cabeza a una depresión. La muerte de tu abuelo no mejoró nada la situación, apenas se hablaban ya. Todo lo que pasó de niño lo marcó. Me contó que, a veces, sin motivo, se quedaba sin aire y sentía que se moría. Tú no tenías culpa de nada, pero también pagaste el pato. Solo quiero que entiendas que tu padre no ha tenido una vida normal. Si hubiera pedido ayuda, quizás podría haberlo llevado mejor. Tu madre no lo veía así, ella miraba para otro lado y yo tiré la toalla, me alejé de tu familia y lo siento. Tenía mi propia familia y mis problemas, pero podría haber hecho algo más. Mira, cuando pasó todo el tema con tu novia, aquello del juicio y demás, yo sabía perfectamente lo que había pasado. Manuel me lo contó. Imagino lo que tuviste que pasar.

—¿A qué te refieres con que sabías lo que había pasado con mi novia? ¿Qué te contó mi padre?

—Ella fue a por ti, no me digas que no lo sabías. Estuvo buscando a tu padre un tiempo y al final lo consiguió. Todo por dinero. No es asunto mío, pero todo el tema del juicio fue una patraña, un intento de chantaje. Nada de eso fue culpa tuya, te viste envuelto en esa historia. Tu padre fue un infeliz que tomó una decisión equivocada. No te culpo por sentir lo que sientes hacia él ni te voy a juzgar, aunque hayas provocado un accidente. Si me pongo en tus zapatos, puede que yo hubiera hecho lo mismo. Pero ahora puedes cambiar las cosas.

—Vale, a ver si lo entiendo. Entonces sabes que se acostó con mi novia, que los pillé juntos. Me da igual si ella le engañó, un padre no hace esas cosas. No hay justificación para algo así. Ojalá se muera en esa cama solo, porque te aseguro que no pienso estar ahí. No se lo merece.

—Tampoco se mereció la vida que tuvo. No quiero que muera así. Además, quiero decirte otra cosa. Perdóname por no haber estado contigo cuando lo pasabas mal. Quería vivir mi vida, aunque tampoco tuve mucho éxito en eso si soy sincera. Mi relación con mi hija no es para tirar cohetes. Paso temporadas con depresión, tomando pastillas para poder aguantar.

Se le hizo un nudo en la garganta y paró de hablar. Me sentí mal por ella. La abracé y sentí su tristeza en lo más hondo. Hubiera querido decir algo memorable, algo conveniente y certero, pero yo no soy de esos. Me quedé calladito para que ella captase todo lo que yo estaba sintiendo. Estuvimos así, conectados, un buen rato.

Llamaron a la puerta y entró de nuevo el médico. Venía a comprobar el estado de mi pierna. Ni me acordaba de ella. Ya no me dolía tanto. Por la cara que puso deduje que las cosas iban mejor. Rosa y él hablaron un rato. Yo pensaba en mi padre, pero no en el que estaba en ese momento en una cama de hospital, sino en el niño asustado que se esconde debajo de la cama

para que no le den una paliza. Empecé a hilar recuerdos, necesitaba serenarme para poder pensar en todo ello. Tenía mil preguntas, pero debía parar un momento para concentrarme en mi pierna y lo que iba a hacer para salir del lío con la policía. Cada cosa a su tiempo.

El médico me explicó que no era necesario operarme, la pierna se curaría. Antes de irse me volvió a decir que mi padre evolucionaba bien. Por fin una tregua. No me iba a quedar cojo y no era finalmente un asesino, o al menos no había consumado mi tentativa. Había actuado impulsivamente y cegado por el odio, sin premeditación. Eso es lo que diría un abogado en mi defensa, pero no estaba claro que mi conciencia fuera a tragar con esa excusa.

—Rosa, quiero ver a mi padre. ¿Puedes pedir que me dejen verlo?

—Claro. En su momento no hice lo que debía por ti. Voy a ayudarte en lo que pueda, pero necesito que me digas qué pasó. Dime la verdad.

—Es una historia muy cutre. Fui a la casa del pueblo porque me lo pidió mi madre. Me habló de la enfermedad de papá. Él no me había contado nada. Fui a regañadientes y no sabía si con la idea de matarlo, partirle la cara o simplemente ver lo acabado que estaba. Verlo así no me causó ninguna satisfacción. Tampoco esperaba verte a ti. —Sonreí—. Me recordaste las cosas buenas que pasé en mi infancia, me hiciste creer que era mejor persona que todo eso. Cuando te fuiste a la mañana siguiente, decidí ir a buscar mis cosas al piso y llevarme a papá. Me tocó mucho los cojones durante el trayecto, haciéndome sentir un inútil, un fracasado; es un experto en eso. Me tiene cogida la medida. Siempre entro al trapo, y esa vez se me fue la cabeza. Quise acabar con todo. Di un volantazo y nos dimos contra un muro. —Sonaba peor al decirlo en voz alta—. Después de eso, salí corriendo y no recuerdo nada más. No sé si quería matarlo, solo sé que quería huir, pero no de él sino de mí. Estoy cansado de vivir así, no puedo más. Me mataría si pudiera.

—Primero tendrías que matarme a mí. Vamos a arreglarlo, no voy a quedarme mirando. Todo va estar bien, ya lo verás. —Me acarició cariñosamente—. De momento, vamos a hablar con el agente. Con todo lo que has pasado creo que nadie te va a tomar por un asesino. Diremos que discutisteis, perdiste el control del coche y después del golpe estabas asustado y desorientado y corriste para pedir ayuda. Tu intención no era matar a nadie.

Yo no tenía muy claro que la estrategia de Rosa fuera a funcionar; pero qué otra cosa podía hacer. Yo mismo me había puesto en el disparadero al entrar en comisaría desquiciado días antes del accidente. Aquello daba pie a pensar que estaba todo premeditado. El poli no sabía nada acerca de la relación de Sandra con mi padre, así que no tenía por qué sacar conclusiones... pero lo que hice me hacía parecer un desequilibrado. Sospechaba que si no hubiera dado aquel paso en falso en la comisaría, ahora mismo el agente no estaría detrás de mi puerta. Puede que se hubiera quedado mosqueado y me hubiera seguido desde entonces. O no. Era mejor dejar a Rosa este asunto porque yo no lo veía claro y además era incapaz de hablar sin parecer un tarado o un resentido. Era mi mala conciencia.

Rosa salió a hablar con el agente, y tardó una eternidad en volver. Me puse tan nervioso que me oía los latidos del corazón a todo volumen. Recordé esas sensaciones de cuando eres niño y estás a punto de examinarte, te sudan las manos y sientes que lo que va a ocurrir a continuación

va a ser determinante para tu vida. Y no lo es, pero a ti te lo parece. Me entretuve recordando mi colegio y a mis compañeros hasta que Rosa volvió a entrar. Traía una expresión que me tranquilizó.

—Está todo bien. En cuanto te repongas del accidente te va a ver un psicólogo. Tendrás que declarar en comisaría y dar algunas explicaciones, nada más. Ya lo hablaremos. El agente ya se fue. Intenté contactar con tu madre, pero no coge el teléfono. Me quedará contigo esta noche.

Ahora que Rosa estaba conmigo veía la situación con algo de perspectiva. Realmente el poli no me había acusado (aún) de nada. Yo me había hecho el lío solito. Quizás no sospechaban de mí. Bueno, pensaban que estaba trastornado, pero eso era cierto. Estaba fichado y supongo que eso de la evaluación mental era normal. Un tío que trata de matar a su novia, va a la comisaría haciendo preguntas y se acaba estrellando en un coche suena a puto loco. Me quedé un rato pensando si en mi familia habría algún tipo de tara hereditaria o simplemente seríamos unos imbéciles repitiendo una historia de abusos a lo largo de generaciones y generaciones. Seguro que la segunda opción era la buena.

Rosa lo arregló y por fin pude ver a mi padre. Me impresionó. Estaba entubado, parecía frágil como una porcelana, y completamente pálido. Tenía una herida con puntos en la cabeza. No estaba consciente. Me acerqué y lo observé durante un par de minutos. Estábamos los dos solos en la habitación. Me sentía poderoso por primera vez en mi vida. Podría haberlo matado fácilmente; en su estado no me hubiera costado estrangularlo con una mano. Era como un pajarillo herido, moribundo, fácil de pisar. Pensé que no quería privarme de verlo morir consciente, pero no era eso lo que me detenía. Tenía ganas de abrazarlo y pedirle perdón, y a la vez un odio que incluso podía notar físicamente. Estaba muy confuso y sobrepasado por todas las emociones que estaba sintiendo. Tuve que salir un rato de la habitación porque estaba empezando a marearme.

Cuando Rosa me vio salir, se acercó. No dijo nada, solo me abrazó. Lloré, en contra de lo que me había enseñado mi padre. Él nunca lloró delante de mí. Cuánto me hubiera gustado que lo hiciera. Nunca supe que sufría como yo. Puede que hubiera estado a su lado, pero no me lo pidió. No quiso o no supo hacerlo. Yo aún le quería, aunque fuera algo roto, un amor viejo y enfermo como él. Necesitaba aceptar ese sentimiento, aunque él solo me quisiera por necesidad, por miedo a morir solo. ¿Me valdría eso? Le pedí a Rosa que entrara conmigo en la habitación.

Sin pensarlo mucho me senté en la cama y le agarré la mano. Pensé en su historia y sentí lástima. Lo comprendí, por primera vez. Yo mejor que nadie sabía lo que era crecer sin amor, con la sensación de que no importas, no vales ni mereces nada. No sabía si podría perdonar, pero estaba dispuesto a convivir con eso. ¡Cuánto me hubiera gustado saber la verdad antes! Debía de ser un poema vernos así, mi tía llorando, yo acariciando la mano de mi padre inconsciente momentos después de estrellarlo con el coche. Era la vida que nos había tocado y lo aceptaba. Si mi padre salía de esta, iba a estar a su lado. Y al lado de Rosa. Al fin y al cabo, ellos eran mi familia

Pasé varios días recuperándome en el hospital. En ese tiempo vino a verme un psicólogo, mantuvimos una conversación excesivamente larga que me dejó exhausto. Hablamos de cosas que no aportaban nada interesante, pero me resigné pacientemente. Contesté a cada una de las cosas que me planteó lo mejor que pude. Finalmente se despidió dándome las gracias y no soltó prenda sobre mi presunta enfermedad mental. Lo dejé correr porque preocuparme sobre eso no me iba a servir de nada. Ya me enteraría para bien o para mal. Mi pierna estaba mucho mejor y Rosa estaba a mi lado, no me iba tan mal. También había venido a verme mi madre. En cuanto entró en la habitación, se me echó encima con lloros y lamentos. Yo no entendía nada, pero dijo que se sentía culpable por haberme pedido que fuera a ver a mi padre sabiendo lo complicadas que eran las cosas entre nosotros. Estuvo un buen rato llorando y hablando de la mala suerte que habíamos tenido en la vida. Yo me contuve, pero tenía ganas de apartarla y decirle que se callara. En ese momento lo último que me apetecía era consolar a mi madre. Se suponía que era yo el que estaba fastidiado en el hospital y ella se las arreglaba para ser la víctima, la desgraciada a la que hay que animar. Pasara lo que pasara, todo acababa girando en torno a ella. Llegó un momento en que sus lágrimas me resultaban indiferentes, incluso me irritaban. No soportaba que fuera por la vida siempre dando lástima. Yo estuve siempre moviéndome en el terreno pantanoso entre la pena y el desprecio hacia mi madre. No quería ser como ella, y sin embargo me veía en cada uno de los defectos que tanto me molestaban. A pesar de todo, la quería, no necesitaba admirarla. Antes de irse me dio un beso y me quedé bastante tranquilo.

Mi padre iba recuperándose poco a poco del golpe. Estaba consciente pero muy débil, así que había que esperar para poder verlo. Me encontraba ansioso por hablar con él. Pensé muchas veces lo que iba a decirle y tuve esa conversación en mi mente, pero cuando llegó el momento me puse tan nervioso que olvidé mi discurso. Tendría que improvisar.

De camino a la zona donde estaba mi padre, el doctor me expuso la situación con algo de crudeza para mi gusto, aunque supongo que era lo suyo. Me dijo que podría encontrarlo algo aturdido y que habría que esperar para saber qué consecuencias tendría el golpe en la cabeza en cuanto a sus facultades mentales. Me habló del cáncer, de la edad y de las pocas posibilidades de supervivencia más allá de un año. Nada nuevo. Yo solo quería volver a hablar con él, lo demás no me interesaba. Un año o diez, lo importante era cómo, no cuánto iba a vivir.

Al llegar a la habitación, me quedé a solas con él. Se giró y me miró. Me sobrecogió su expresión. No era la misma persona, no necesitaba escuchar una sola palabra para saberlo. Me miraba con simpatía, sin rastro de su gesto altivo de siempre. Hubiera jurado que no se estaba dando cuenta de quién era yo, pero no me atreví a decir nada. Nos quedamos así, mirándonos

durante un rato hasta que me pudo la impaciencia. Me acerqué y le di un beso. Era la primera vez en mi vida que le daba un beso a mi padre.

—Eres un viejo cabezota, no hay manera de acabar contigo.

Se rio y supe sin ninguna duda que algo había cambiado. Ya no era mi padre, al menos no el que yo había conocido. Me sentí confuso, algo que no supe si era tristeza, alivio o ambas cosas a la vez. Me reí también y mientras lo hacía derramé algunas lágrimas. Ya no tenía muchas ganas de venganza. Sabía lo fácil que era pasar de víctima a verdugo, nada digno de alabanza, pero tampoco motivo suficiente para condenarlo. Me tocó cargar con su resentimiento. Hubiera preferido tenerlo delante tal y como era, con su veneno y su desprecio para poder darle la vuelta a todo y curarme las heridas, pero eso ya no era posible. Ahora solo era un viejo que se estaba muriendo y eso me dejaba en una situación difícil. Nunca había cuidado de nadie ni hubiera imaginado una cosa así. La vida hace lo que le da la gana. Mientras pensaba todo esto, me había cogido la mano. Me agaché para ponerme a su altura y poder hablar con él.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza, pero ya me han explicado que me di un golpe. —Me soltó la mano para tocarse la herida—. Iba contigo en el coche cuando chocamos, ¿verdad? ¿Tú estás bien?

—Sí, sí. Perfectamente. Tranquilo.

—Se te ve bien. Yo estoy en las últimas. No recuerdo todo, pero sé que estoy enfermo y que me voy a morir pronto. Vino a verme tu madre, pensaba que no me acordaba de nada y le seguí el juego. No se lo digas, ¿eh? Ella siempre se preocupa tanto por todo...

—Claro. Es cosa tuya.

—Después de todo, estás aquí.

No entendía nada. El tono de su voz era amable y la cortesía con la que me trataba, desconocida para mí. El médico me había advertido de que su personalidad podría haber cambiado. Habló de ataques de ira, cambios bruscos de estados de ánimo y poco control de los impulsos, todo ello causado por la falta temporal de oxígeno en el cerebro. Yo lo que veía en mi padre era que se le había suavizado el carácter. Hice para mí mismo el chiste macabro de que, de haberlo sabido, lo hubiera intentado matar antes. Incluso me reí solo. El caso es que todo eso podría ser pasajero y en unos días podría volver a ser el viejo déspota y odioso de siempre, o no, o según el día. Yo solo quería salir de ese hospital y llevármelo a casa.

—¿Cuándo dejarán que te marches, papá? ¿Te gustaría volver conmigo a la casa del pueblo?

—Sí, pero no sé cuándo. Habla con el médico. A mí me trata como a un idiota que no se entera de nada. Pregunta tú a ver si te dice algo más. No me quiero morir aquí.

—Vale, no te preocupes que ahora voy a hablar con él. Seguro que necesitan camas, y yo puedo cuidarte en casa.

Según decía esas palabras sonaban extrañas en mi cabeza. Yo cuidando de mi padre. Mi padre pidiéndome cosas a mí. El mundo al revés. Aun así, me gustaba el giro que estaban dando los acontecimientos. La situación de partida no era idílica: estaba fichado, no tenía trabajo, ni amigos, mi piso era un vertedero, mi familia daba pena. Pero allí estaba con el firme propósito de

cuidar del hombre que me convirtió en el mayor desgraciado del planeta. Resultaba hasta divertido.

Empecé a hacer las gestiones para que nos dejaran salir de allí, pero todavía pasamos en el hospital varios días más. La situación de mi padre respecto a la enfermedad no había cambiado. Si no iba a someterse al tratamiento, poco podían hacer, y estaba claro que no iba a ceder en eso. Pensé que haber sobrevivido a un accidente le haría recapacitar, pero no. Seguía siendo igual de cabezota. Al menos seguía manteniendo su esencia. Reconozco que en el fondo admiraba su decisión de no tratarse del cáncer. Si alguien le entendía, desde luego ese era yo. Pensaba, al igual que él, que la propia vida es algo (quizás lo único) que nos pertenece de una manera natural. Su actitud me hacía respetarlo, al menos en eso. Los días en el hospital me estaban resultando más agradables de lo que pensaba. Me sentí útil y me gustaba la sensación de, contra todo pronóstico, estar haciendo algo bueno.

Por fin llegó el día de marcharse. Vino a recogernos Rosa y, tras despedirnos de médicos, enfermeras y algún amiguete que hice durante mi estancia, nos largamos. Nunca me había alegrado tanto de ver la luz de la calle. Papá caminaba con mucha dificultad, así que, a pesar de mi pierna aún renqueante, me las arreglé para subirlo al coche. Era cómico observarlo con cara de felicidad, calladito y obediente. Me dio la risa varias veces. Pensé que iba a acabar echando de menos sus ironías y sus pullas, la mala leche resulta estimulante en ocasiones. De cualquier modo, algo dentro de mí me decía que toda esa sumisión no iba a durar mucho. Durante el trayecto Rosa no paró de hablar, se la veía encantada. Nos contó que iba a mudarse a la casa del pueblo una temporada, que se las arreglaría para ir a trabajar y cuidar de nosotros y habló de mil planes estupendos que sonaban a gloria. Aquello me hizo recordar mi niñez. En los viajes largos en coche, miraba por la ventanilla, dejaba volar la imaginación y creía que todo lo que me esperaba era nuevo y mejor. No sé en qué momento de mi vida dejé de ilusionarme. Me propuse dejar de contar los días y aprovechar lo que me quedaba por delante. Ahí estaba, junto al gruñón que ahora parecía un corderito y a mi tía, que lucía una dignidad asombrosa. No estaba seguro de si sería capaz de devolverle lo que ella había hecho por mí. Me había dado alas.

Me desperté relajado y con bastante apetito. Llegaba desde la cocina un olor a café que me estaba dando poderes. Salté de la cama y bajé las escaleras en tiempos de plusmarquista olímpico. Mi padre ya estaba desayunando las tortitas que había preparado Rosa. No parecía demasiado hambriento. Daba la impresión de estar comiendo para complacerla. Así de mañana parecía más enfermo, más cansado, más viejo. Se consumía delante de nosotros. Hubo un tiempo en que tuvo un poder sobre mí casi sobrenatural, tan pronto lo odiaba como hubiera dado una mano por acariciar la suya. Tenía la oportunidad de resarcirme de todo eso y sin embargo añoraba lo que había sido. No entendía nada. Le di un beso en la frente y me senté a su lado. Me devolvió el beso con un gruñido que sonó parecido a un «gracias». El desayuno estaba delicioso, comí de todo, al igual que Rosa, mientras mi padre apenas abrió la boca. Al terminar ayudé a recoger y le comenté a Rosa que llevaría a mi padre a pasear por el pueblo.

Cuando estuvo listo, nos marchamos. El trayecto era bastante corto, pero él caminaba muy despacio y necesitaba mi ayuda. Fuimos agarrados del brazo largo rato, solamente caminando, sin hablar. El día era claro y el paisaje resultaba impresionante. Había pasado por allí mil veces, pero nunca me había llamado tanto la atención. Pensé que me estaba haciendo mayor. El sol me estaba calentando y estaba de buen humor. Al poco mi padre se detuvo y me sugirió que descansáramos en un banco, así que nos sentamos el uno al lado del otro. Entonces empezó a hablar.

—Agradezco el esfuerzo que estás haciendo. No me queda mucho. Me siento débil y sobre todo cansado. No me he vuelto loco por el golpe ni he cambiado tanto como crees, es solo que ya no tengo fuerzas para pelear. Recuerdo el accidente, sé que giraste el volante a propósito y lo entiendo. —Puse cara de sorpresa, pero le dejé continuar— Yo te provoqué. No fui lo que se dice un buen padre y lo siento. Te hice sufrir. Pero estás aquí a pesar de todo, sentado a mi lado. Ojalá consigas estar en paz contigo mismo.

Me dejó fuera de juego, no sabía ni a dónde mirar. No esperaba una disculpa. Su voz era débil y salía a trompicones; pero sus palabras me golpearon como un tsunami. Lloré. Cualquiera que hubiese pasado por allí en ese momento habría visto a un tipo al que parecía que le acaban de dar la peor noticia de su vida, y lo que estaba sucediendo era lo contrario. Deseaba perdonarlo. Esa sensación era nueva para mí, me dejaba las contradicciones al aire y no tenía nada con qué taparlas, así que no tuve más remedio que darles la mano.

Pasamos el resto de la mañana caminando lentamente, paseando nuestros pensamientos en compañía del otro. Cuando lo vi excesivamente cansado, regresamos; faltaba poco para la hora

de comer, aunque imaginaba que eso a él no le incumbía demasiado, ya que había perdido por completo el apetito a causa de su enfermedad. Aun así, Rosa nos esperaba.

El día discurrió tranquilo, entre las charlas distendidas con Rosa y planes para los próximos meses. Yo no era muy bueno en cuestiones domésticas, me cansaba solo de ver una escoba, y cocinar fue siempre un suplicio. Lo que sí sabía hacer bien eran los trámites, papeleo y otras labores que íbamos a tener que abordar en algún momento. Había asuntos que había que poner encima de la mesa, aunque resultaban muy desagradables y difíciles de tratar, y el principal de todos ellos era lo que sucedería cuando papá muriera. No sabía cómo sacar el tema con mi tía. Me tentaba posponerlo, era un tema al que no me apetecía enfrentarme. Sin embargo, corría el riesgo de enquistarse e impedirme estar tranquilo, así que no había opción. Yo no tenía mucha habilidad para abordar situaciones delicadas, así que lo haría directamente y sin tapujos. Cuando mi padre estuvo acostado, le pedí a Rosa que se tomara una infusión conmigo en la cocina. A ella le encantaba charlar un ratito después de cenar, así que no puso ninguna pega.

—Rosa, ¿has pensado cómo quieres enterrar a papá cuando llegue el momento?

Se sorprendió. Bebió un sorbo de su taza y tardó un poco en contestar, pero lo hizo franca y directamente.

—Sí, claro. Manuel no es creyente y quiere que lo incineren. No sé qué piensa tu madre. La verdad es que esperaba que hablastes tú con ella, ya sabes que no somos íntimas. Tu padre hizo testamento hace poco. Yo misma lo llevé a hacerlo, pero no sé más porque no me interesa el tema. Por mi parte no vas a tener ningún problema con la herencia.

—¿A qué viene eso? Ni se me había ocurrido pensar en la herencia. Joder, es que ni por asomo. El dinero no me importa, ¿lo dudas?

Su comentario me pilló por sorpresa y me dolió. Era injusto y no me lo esperaba precisamente de ella. Me quedé mudo como un tonto por no levantarle la voz y decir algo inconveniente. Bebí un poco de manzanilla, que sabía a rayos, y me quedé mirando el horrible tapete de la mesa. Sentía que estaba sacando de quicio una bobada, pero mis sentimientos habían decidido ir por libre últimamente. Notaba mi propio veneno quemándome la garganta de rabia, y todo por un comentario sin demasiada importancia. Necesitaba recuperar la serenidad como fuera. Rosa, que no había dejado de mirarme ni un segundo, se estaba dando cuenta de todo.

—Perdóname, no quise decir que te importase su dinero. Solo quise decirte que a mí no me importa, y me expliqué mal. No te pongas así, por favor, estás a punto de llorar. —Puso su mano encima de la mía—. Olvida lo que he dicho, como si no hubiera pasado.

—No, perdóname tú. Soy un imbécil, no sé qué me pasa. Solo me apetece llorar y tampoco tengo muy claro por qué. Tú eres tan fuerte, tienes una fe en ti misma que no sé de dónde sacas. No me malinterpretes, no quiero que me veas como un niño asustado. Tengo mis momentos y tú haces que quiera ser mejor. Antes de enterarme de que mi padre se moría, pensaba en matarlo con mis propias manos, lo odiaba muchísimo y también a mi ex. Ahora ya no estoy seguro de si la quería o me aferraba a ella por no estar solo. ¡Estaba tan confundido! Al llegar a esta casa y encontrarme contigo después de tanto tiempo, me despertaste algo por dentro. Ya solo hablar de esto es para mí una proeza. Dime que me comprendes, por favor.

—Te entiendo. Gracias por decirme eso, Roberto. Nunca nadie me dijo algo así.

Hubo un silencio, pero no uno incómodo que necesitara ser rellenado con palabras, sino uno dulce que se extendía por la cocina. Esa complicidad era una sensación completamente nueva. Tuve un fuerte deseo de besarla, pero sabía que era una idea terrible y después de todo seguía siendo un cobarde. No me veía a mí mismo haciendo algo tan arriesgado. Reconozco que la idea me seducía y esa chispa que se encendió en ese momento fue a más.

Las semanas siguientes se hicieron muy largas. Por las mañanas salía a pasear con mi padre, cada vez más enfermo, caminando peor y con menos ganas de seguir aferrándose a una vida que ya no le ofrecía nada. Tan solo tomaba un tratamiento para paliar el dolor. Esos días se encerraba en su cuarto. Si me acercaba a la puerta, podía escuchar cómo rechinaba los dientes hasta casi partíroslos, reconocía ese sonido porque lo había escuchado antes. Había presenciado el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, y sabía perfectamente lo que estaba pasando dentro de esa habitación. Me hubiera gustado poder acompañarlo en ese trago, pero era un terreno vetado para mí en particular. Yo no tenía hijos, pero me imaginaba que cuando llegara ese momento, lo último que querría es que mis hijos me vieran así. Preferiría que me recordaran como un padre fuerte y entero que resistió con dignidad incluso el dolor. Yo no podía evitar pensar en mi padre como lo había conocido toda mi vida, y ahora el viejo que estaba al otro lado de la puerta me parecía otra persona, y quizás por eso dejé de odiarlo. Quería abrazarlo, sujetarlo mientras vomitaba, secarle el sudor de la frente y decirle que no estaba solo, pero ya había asumido que eso no iba a suceder. Me conformaba con acompañarlo en nuestros, cada vez más cortos, paseos y agarrarlo fuerte del brazo cuando parecía estar agotado. En esos momentos percibía su necesidad y me sentía algo culpable. Me parecía indigno por mi parte aprovechar su debilidad para sentirme importante. Resultaba trágico que hubiera tenido que pasar algo así para poder estar cerca el uno del otro, pero así eran las cosas. Yo no había buscado esa situación, igual que no había escogido prácticamente nada de mi vida.

Mientras pasaban los días, mi sentimiento por Rosa fue creciendo. Era como un chiquillo buscando su aprobación. La observaba cuando estaba ensimismada en sus cosas, deseaba atrapar sus pensamientos y bucear en su interior. Si me hubiese encontrado un genio saliendo de una lámpara, le habría pedido poder leer la mente de aquella mujer. Fantaseaba con la idea de ser su confidente, de conocer los misterios que se escondían en sus rincones. Mi idea del amor era bastante infantil y la cantidad de años que me separaban de ella me hacía sentir todavía más absurdo. No tenía claro si estaba enamorado o si era admiración, pero me importaba un bledo. Sabía que no habría nada físico entre nosotros, primero porque ni remotamente se me había pasado por la cabeza que ella tuviese algún interés romántico hacia mí, y segundo porque ni siquiera yo estaba seguro de sentirlo. No es que Rosa no fuera una mujer atractiva, a sus sesenta y pico años seguía siendo guapa, tenía un cuerpo aún bonito y una mirada contundente, definitiva. A veces se maquillaba y estaba impresionante. No diría que el maquillaje la tapaba, al contrario, la hacía más limpia, quitaba lo que no le correspondía por derecho y se mostraba la mujer que de verdad era. Pero a mí lo que más me gustaba de ella era su carácter. Rosa no se

andaba con hostias, ella sabía lo que quería, lo que había que hacer y lo hacía, sin excusas. Yo nunca había conocido a nadie así y estaba fascinado. No era capaz de imaginarla desnuda, alguna vez lo intenté, pero me sentí un perverso, así que dejé de hacerlo. Me seducía mucho más la idea de conocer sus secretos y formar parte de su vida.

Durante esos días había recibido varias llamadas de mi madre. Ella detestaba venir al pueblo, y eso unido al hecho de que no se llevaba bien con Rosa hizo que se mantuviese alejada de la casa y no apareciese por allí. Por teléfono se interesaba por mí, me preguntaba todo tipo de cosas como lo que había comido, si necesitaba hablar, si me encontraba bien. A veces me daba la impresión de que papá le importaba poco, pero yo no era quién para juzgarla. Notaba que me había alejado emocionalmente de ella, sintiéndola cada vez más como una extraña. No lográbamos empatizar. Me preguntaba si seríamos capaces de mantener el lazo entre nosotros cuando ya no estuviera mi padre. Siempre mantuvimos una extraña distancia. Ella me quería, lo natural en una madre. Yo era su responsabilidad y ella era una mujer sacrificada, pero nada de eso era por mí. Mi único mérito había sido salir de su vientre y ya desde muy pequeño supe que nunca iba a ser lo que ella esperaba. Nunca me despreciaba ni me ignoraba, me cuidaba a veces en exceso, pero yo nunca sentí una conexión auténtica entre nosotros. Ella esperaba de mí una redención que nunca le di. Yo no fui un chico brillante, no triunfé, no fui feliz. No hubo casa en la playa, familia perfecta con niños perfectos y barbacoa en el jardín, no hubo comidas de domingo donde ella se sentaba a charlar con una copa de vino mientras a su alrededor la vida era tal y como la había imaginado. Yo no le compensé todas las horas de insomnio, todas las veces que papá la mandó callar, todos los desprecios que le dedicó y que fueron carcomiendo como termitas su ilusión y sus ganas de vivir. En sus ojos se veía el resentimiento, y eso dolía. La observaba a veces con la mirada perdida, quizás soñando con otra vida y otro hijo que le hiciera sentir que todo había merecido la pena. Me quería, seguramente, como se quieren los defectos propios. Me sentía responsable de su decepción. Creo que llevo en el ADN el resentimiento y la incapacidad para la felicidad. Hay que saber ser feliz, y yo no supe. Mi madre ni lo intentó. Como no tuve hijos, iba a ahorrarme todo ese penoso ritual de expectativas no cumplidas, frustraciones heredadas y decepciones vitalicias. No tendría que soportar eso y sé que no hubiera podido.

Durante las conversaciones con mi madre, no saqué el tema del entierro y me sentía un poco culpable porque sabía que Rosa esperaba que lo aclarase cuanto antes. Me propuse hacerlo sin falta en la siguiente ocasión. No podía demorarme más; mi padre había empeorado mucho y el inevitable final no parecía estar lejos. Me sorprendía que no viniera nadie a verlo a casa; era extraño porque mi padre era una persona que se relacionaba con mucha gente cuando tenía su negocio. Lo había traspasado hacía algunos años, pero imaginaba que conservaría algunas amistades. Me preguntaba si habría hablado con alguien de su situación e intuía que no. No se lo podía reprochar porque yo hubiera hecho lo mismo.

Esa tarde le pregunté si le apetecía tomar un poco el aire y se mostró bastante animado, así que salimos a caminar los dos solos antes de la cena. Enseguida quiso sentarse, lo notaba inquieto y parecía estar buscando el momento de decirme algo. Estaba acostumbrado a su

tacañería verbal, así que cuando abría la boca lo escuchaba como si fuera a darme la receta de la inmortalidad. Esperé pacientemente a que se decidiera a arrancar. Y lo hizo.

—Estuve dándole muchas vueltas a esto. Mejor te lo digo sin más. Estoy completamente arruinado.

Suponía que se refería a la ruina económica, porque arruinado como persona lo había estado siempre. La situación pedía un comentario cruel y más que merecido, pero me corté y no dije lo que estaba pensando. Esperé pacientemente su explicación. Lo dejé cocinarse en su jugo mientras buscaba las excusas para explicar lo inexplicable. Tenía curiosidad. Mi padre había sido un hombre bastante eficiente en los negocios. Se había quedado al cargo del negocio de su padre, una ferretería, y la llevó con bastante solvencia durante muchos años. No era millonario, pero había conseguido superar la crisis económica sin pasar apuros. Solo sabía que había vendido la tienda hacía un par de años y poco más. Pensaba que él vivía bien del dinero que había sacado de aquello y saber que estaba sin un duro me dejó preocupado. Después de una pausa, continuó hablando.

—No me queda nada. Incluso tengo algunas deudas, poca cosa —dijo—. Todo por mi relación con Sandra.

—... ¿Tu qué? —Me quedé sin palabras por un instante, le miré a la cara para saber si se estaba riendo de mí—. ¿De qué cojones estás hablando? ¿Sandra? Tú no tenías ninguna relación con Sandra. Era yo quien la tenía y tú te metiste con ella en mi cama. Joder, papá, ¿qué clase de padre hace una cosa así? ¿Por qué me vienes ahora con esto, quieres limpiar tu conciencia? ¡Vete a la mierda, puto loco retorcido!

Había levantado mucho el tono. No soportaba ni escucharle pronunciar el nombre de Sandra. Mi mente ya iba por libre, había perdido el control. Me levanté por no pegarle una bofetada. No sé ni cómo pude pensar en tener una relación normal con él. Fui un imbécil cegado por la necesidad de aceptación, mi talón de Aquiles. Toda mi vida había luchado con fantasmas en una guerra desigual. Incapaz de defenderme, me habían devorado una y otra vez, y de nuevo estaban allí, más grandes que nunca. Recordaba a mi padre con ella cuando llegué aquel día a casa. Tenían una relación, no era la primera vez. Habían estado juntos otras veces. No tenía ni idea de quién era la persona con la que había convivido, el amor de mi vida, una idea en mi cabeza que nunca tuvo correspondencia en la vida real. No tenía certeza sobre nada.

Me sentía como un perro al que están dando una paliza. Me alejé de allí un rato, hasta que pude retomar un poco el control. Miré a mi padre. Seguía sentado mirando al suelo. Enjuto, enfermo, derrotado. Arruinado, no se me ocurría mejor palabra para describirlo. Me senté de nuevo a su lado. Le eché una mirada asesina, y tuvo suerte de que en ese momento no tuviese una piedra a mano. Aun así, quería saber más.

—Venga, suéltalo todo —le dije—. Quiero la verdad.

—Vale. No va a gustarte lo que te voy a decir, pero te lo debo. —Tenía la mirada clavada en el suelo, sin atreverse a mirarme—. Lo primero es contarte cómo conocí a Sandra. Fue antes de que tú empezaras a salir con ella. Entró un día en la ferretería a comprar algo y coqueteó conmigo. Era demasiado joven para mí, la traté como a una clienta más. Empezó a ir por la

tienda a charlar, no compraba nada. Al principio me sentía halagado. Me hacía ilusión. Apenas tenía relación con tu madre. La verdad, es casi un milagro que tú estés en este mundo, pero no te voy a contar esas cosas que no tienes por qué escuchar. Cuando conocí a Sandra, yo aún estaba para fiestas, pero me parecía raro tanto interés. No me fiaba, sospechaba que buscaba algo. Le dio por buscarme también fuera del trabajo y empezó a molestarme. Intenté dejarle las cosas claras, pero no es una mujer que admita un no por respuesta. Es una manipuladora, sabe darle la vuelta a las cosas para salirse con la suya. Me engatusó. Se fue metiendo en mi vida. Era una relación extraña de la que ella sacaba provecho. Le dejaba algo de dinero a veces. Con el tiempo me cansé y puse punto final. Un día apareciste tú con ella en casa y nos la presentaste como tu novia. ¡No me lo podía creer! Estuve días sin pegar ojo, pensando si contarte quién era esa chica. No sé cómo la conociste, pero seguro que no fue por casualidad. Tenía miedo de que te manipulara como a mí, pero tú y yo apenas hablábamos y te veía tan feliz que no me atreví a meterme en tu vida. Pasé página y ya está. Más tarde ella me buscó para pedirme dinero, me amenazó con decirte que éramos amantes. Me estuvo chantajeando un tiempo. No me acostaba con ella, la única vez fue el día que tú nos viste. No te miento. Me acababan de diagnosticar el cáncer y estaba hecho polvo, cometí un error y lo pagué. Creo que ella no esperaba que llegaras antes a casa y nos vieras. Cuando cogiste ese cuchillo estaba claro que no ibas a usarlo, pero ella vio el filón y sacó provecho. A partir de ahí me pidió mucho dinero por no llevarte a juicio y arruinarle la vida. Se lo di y te denunció igual. Me hundió económicamente. No volví a verla, supongo que habrá encontrado otro idiota. Pensé en contratar a alguien para que la matara, pero no puedo pagarlo. Cuando tu juicio acabó, yo ya no tenía dinero ni salud ni ganas de seguir aquí. Le dije a tu madre la verdad sobre la enfermedad y me largué. En la casa del pueblo he tenido algo de paz. Estas últimas semanas con Rosa y contigo han sido las más felices de mi vida. Me voy a morir y no voy a poder dejarte nada.

Estaba completamente alucinado. No podía creer ni una sola palabra de lo que acababa de oír. Quizás la enfermedad o el golpe del accidente le habían restado facultades y ahora creía recordar cosas que nunca habían ocurrido. No podía ser cierto. Toda mi vida con Sandra no podía ser mentira. ¿Y si lo era? Habría estado viviendo con la mujer más fría y miserable del planeta. Un teatro, una pantomima. Y yo, como Pinocho, una marioneta que se cree una persona real. La historia de mi existencia, mi vida, era en espiral dando vueltas sobre sí misma. Las cosas siempre pueden ir a peor, pero en algún momento tendrían que tocar fondo. No sé qué cara se me quedó, pero mi padre me miraba asustado. No podía sentir nada, necesitaba poner en orden mis ideas, atar cabos y entender algo. Estaba sobrepasado. Cuando por fin me dirigí a él, creo que esperaba que le diera un golpe porque se puso en posición defensiva. La situación era ridícula.

—No voy a pegarte, papá. No me faltan ganas, pero qué gano yo con eso. ¡Déjate de aspavientos! Vámonos a casa, no quiero seguir hablando de esto. Ya he tenido bastante por hoy. Y por el resto de mi vida.

Lo agarré fuerte del brazo para incorporarlo. Curiosamente, no sentía rabia hacia él, más bien pena. Se suponía que después de lo que acababa de decir debería tener aún más ganas de matarlo, pero no. A quien quería matar realmente era a Sandra, pero ese plato no estaba en el menú. Mi

padre era una víctima. Tanta personalidad y tanta autoridad que tuvo conmigo, para acabar vapuleado por una chica treinta años más joven. Era bastante vergonzoso, incluso para él. No podía odiarlo por eso. Se había bajado del pedestal y eso me aliviaba en cierto modo. Al fin y al cabo, era tan pringado como yo, o más.

Por fin llegamos a casa. Allí estaba Rosa con su calidez, su sonrisa y con la cena preparada. Mi padre tenía aún la cara desencajada. Rosa no preguntó. No le hacía falta. Agradecí su compañía en ese momento. Me tragué la cena y las lágrimas. En cuanto terminamos, me fui a la cama.

Esa noche no pude cerrar los ojos. Allí acostado, a oscuras en la cama, casi podía oír a los buitres merodeando, esperando el momento para comerse mis restos. Me sentía como un condenado a muerte el día de su ejecución. No podía llorar, tenía un vacío que me estaba perforando por dentro. ¿Cómo podía haberme engañado tanto a mí mismo? Ella me mintió y yo me lo había tragado todo. Su frialdad, sus silencios, sus gestos de desaprobación, su manera de ponerse siempre por encima de mí. Su desprecio. No lo quise ver porque me asustaba. Elegí la comodidad de ignorar, mirar hacia otro lado. Aquello no era ni remotamente parecido al amor, pero cómo iba yo a saberlo. Fui un payaso, un cabeza de turco. No me escogió para sus tejemanejes por mí, sino por ser hijo de mi padre, ¿podía ser aún más humillante? Seguro que si me empleaba a fondo podría encontrar detalles escabrosos en los recuerdos de nuestra relación, pero no tenía ningunas ganas de seguir destrozando la poca dignidad que me quedaba. De mi vida en pareja ya no quedaba nada, ni las cenizas.

Me harté de darle vueltas, tenía un nudo en el cerebro. Pasé los siguientes días de mal humor. Estaba irascible, sin ganas de dar el paseo matutino con mi padre y con la única ilusión de pasar tiempo con Rosa. Aun así, cumplí con mi parte y mantuve el tipo todo el tiempo con mi padre, poniendo empeño en sus cuidados y sin pasarle la factura por su confesión. Era un consuelo saber que a pesar de todo yo no era un rencoroso de esos que se excita pensando en el mal ajeno. A mí no me hacía ninguna ilusión vengarme y había dejado de creer en la justicia antes que en los reyes magos. Mi único interés era seguir adelante y mantener la cabeza fría. No fue fácil, tuve el impulso de largarme en medio de la noche y empezar una nueva vida en algún lugar, pero acababa encontrando mil argumentos en contra. Al final todas mis elucubraciones mentales acababan por parecerme ridículas e infantiles. Nunca fui muy decidido, o al menos no tanto como para dar un giro tan radical a mi vida. Yo era más bien de esos que se levanta todos los días a la misma hora y disfruta viendo cómo las cosas son exactamente lo que se espera. Mi vida había sido justamente todo lo contrario en los últimos meses, muy a mi pesar. Afortunadamente, la confesión de mi padre no me supuso un golpe mortal. A veces me distraía con alguna cosa y lo olvidaba, lo cual me suponía un alivio. No duraba mucho porque los malos recuerdos son tan insistentes como un niño que busca la atención de su madre. Al rato volvía a estar ahí, Sandra con mi padre. Esperaba que con el tiempo esa imagen se borrara para siempre de mi cabeza.

Desperté con resaca, y eso que no había bebido desde hacía meses. Tenía una sensación extraña, como cuando se muere alguien querido y aún no eres consciente del todo. Sigues con tu vida, como si nada, y de vez en cuando piensas en ello como algo ajeno. Fui al lavabo, me miré y me vi viejo. Juraría que me habían aparecido arrugas nuevas, y debajo de los ojos tenía bolsas oscuras. Tampoco se me escapó que cada vez me parecía más a mi padre, lo cual no dejó de resultarme una broma macabra, aunque graciosa. Me sonreí a mí mismo y me devolví el gesto con toda la caballerosidad que me caracteriza. Haciendo un exceso hasta me guiñé un ojo. Bajé las escaleras con la ilusión de encontrar a Rosa en la cocina con su habitual desparpajo moviéndose entre las cacerolas con todo el glamour de un plató de cine, pero para mi sorpresa no había nadie. Miré el reloj, las ocho de la mañana. Era muy extraño, ella entraba al trabajo en media hora. Ya no podía con más disgustos, esperaba que hubiera una razón tonta que justificara su ausencia. Antes de ponerme nervioso y entrar en pánico, algo muy propio de mí, decidí subir a su cuarto a comprobar si se había quedado dormida. La puerta de su habitación estaba cerrada, llamé y no respondió nadie. Volví a llamar un par de veces más y nada. Había empezado a impacientarme un poco, así que decidí entrar.

El corazón me latía a cien por hora. Me sudaba la mano y dejé la humedad en el pomo de la puerta. Estaba oscuro, dejé la puerta abierta para poder ver algo. Rosa estaba en la cama, suponía que dormida. Eché un vistazo alrededor y vi un bote de pastillas abierto en la mesilla. Sin ser un detective experimentado, deduje que se habría pasado con los somníferos y se le habrían pegado las sábanas. No me atreví a tocarla, me parecía que ya el hecho de estar allí parado delante de su cama resultaba invasivo, y temía su reacción. Me quedé de pie pasmado haciendo gala de mi maravillosa capacidad de improvisación. No pasó mucho rato hasta que se despertó, imagino que por la luz que entraba por la puerta que yo había dejado abierta. Abrió los ojos y me miró. Ni en sueños hubiera esperado su sonrisa al verme allí. Me miró con una dulzura que me partió en dos, me derretí y solo me faltó ronronear como un gatito. Ella tenía un gesto que no conseguía descifrar del todo, pero que sin duda era lo más bonito que había visto en mi vida. Estaba completamente loco por esa mujer. No me atrevía a mover un músculo por no romper la magia del momento, y no me hizo falta porque ella se adelantó y me hizo un gesto con la mano sobre la sábana para que me sentase a su lado. Obedecí como un perrito faldero y la observé mientras se frotaba los ojos y se estiraba. Así, recién despierta, tenía un aspecto mucho más duro, los rasgos más marcados. Sin embargo, su mirada era la de una niña traviesa, decidida a comerse el mundo. Me pareció que estaba increíblemente guapa.

—Buenos días. Menos mal que entraste porque no voy a llegar al trabajo. ¿Qué tal está hoy Manuel, lo has visto ya? —dijo mientras se apartaba el pelo de la cara.

—Aún no, bajé a la cocina y como no te vi me preocupé. Tú nunca te quedas dormida, siempre estás abajo como un clavo.

—Ya, bueno, las pastillas para dormir. —Señaló el bote que estaba encima de la mesilla—. Me tomé una más porque la primera no me había hecho efecto. Ahora me encuentro un poco grogui. Enseguida me meto en la ducha y estoy para otra.

—Estás estupenda, como siempre.

—Venga ya. —Sonrió—. A mi edad no pretendo estar estupenda y menos por la mañana después de una mala noche. Prefiero estar bien del coco, que es más útil. A estas alturas me conformo con que el cuerpo me responda.

—Di lo que quieras, pero estás fantástica.

Nos reímos y me dio un beso en la mejilla. Se metió en la ducha y yo bajé de nuevo con la idea de preparar el desayuno antes de ir a ver a mi padre. Mientras revolvía en la cocina, me di cuenta de que me había olvidado por completo de Sandra. Una mirada de Rosa y me olvidaba de todo. Sentí vértigo al comprobar la facilidad con la que cambiaban mis sentimientos; se lanzaban de un extremo al otro y apenas podía controlarlos. Era un convidado de piedra en mi propia vida. Ni se me había pasado por la cabeza poner freno a lo que sentía por mi tía, la hermana de mi padre, mi familia. Me dejaba llevar como si fuera algo natural e inevitable, sin oponer resistencia. Me rondó la idea de que pudiera estar mal de la cabeza, a lo mejor tenía algún trastorno de la personalidad o algo así. Quizás en mi familia había ese problema, empezando por mi abuelo. O quizás venía de antes. Desconocía por completo la personalidad de mis bisabuelos, puede que hicieran cosas horribles. En mi familia siempre se había tapado todo, así que tendría que hacer un poco de investigación. Hablaría con Rosa sobre eso, y así tendría una maravillosa excusa para tenerla solo para mí durante un rato.

Subí a buscar a papá para darle sus medicinas. Lo encontré despierto, tenía muy mal aspecto. Por un momento sentí una punzada en el estómago, el vértigo de presenciar su muerte en tiempo real. Apenas comía y se limitaba a mantenerse vivo hasta el día siguiente. Lo peor era la actitud de claudicación total. La desgana y la resignación campaban a sus anchas en aquella habitación y habían echado raíces por todas partes. Era muy deprimente. A pesar de todo el daño que me había hecho, mi padre formaba parte de mí y era como verme caer a mí mismo. Deseé que no durase mucho aquello. Con todo el cuidado que pude, lo ayudé a vestirse. La ropa le ponía encima algo de dignidad. Tras el desayuno, Rosa se fue a trabajar y nosotros salimos a dar nuestro paseo. Tardamos diez minutos en llegar al primer banco del camino. Esos minutos eran un buen resumen de nuestra relación, lenta y complicada, pero eran valiosos para mí. Contra todo pronóstico, había sobrevivido algo entre nosotros, como una cucaracha que no termina de morir. Ahora no iba a detenerme, iba a recorrer cada mañana ese camino cogiendo su brazo mientras pudiera. En cierto modo, nos necesitábamos. Éramos para el otro como un perro lazarillo. Ahora ya no había nadie a quien engañar, quedaba solo la cruda realidad de lo que

éramos y teníamos que aceptarnos. Me hubiera gustado decirle que lo perdonaba, pero me daba mucha vergüenza, así que me quedé en silencio pensando. Fue él quien habló.

—Tengo arreglado todo para cuando me vaya. Hice testamento. Le dejo a tu madre la casa en la que vivimos y a ti te dejo mi parte de esta casa. La otra parte es de Rosa. Como ya sabes no tengo dinero. Tendrás que buscar la manera de pagar los impuestos por tu cuenta y poder darle algo de vez en cuando a tu madre. Ahora solo te tiene a ti.

—Claro, no te preocupes por eso. Yo me encargaré de todo —dije con desgana.

—Aún eres joven y puedes empezar de nuevo. No te pido que cuides de Rosa porque a ella no le hace falta, se las arregla muy bien sola. Pero no pierdas contacto con ella, por favor.

—¡Ni de broma! Déjate de despedidas, papá. No me gustan. Prefiero hablar de otra cosa.

—Y ¿de qué quieres hablar?

—No sé. Cuéntame algo de la tía Rosa. Sé muy poco sobre ella. Bueno, ya me entiendes, no es que no sepa nada, pero es muy reservada para hablar de sí misma.

—Ya lo creo. Siempre fue así. ¿Qué quieres que te diga? Ella estuvo siempre apoyándome, de una forma o de otra. Tu abuelo nos hizo las mil y una y si no la hubiera tenido a ella, todo habría sido peor.

—Tengo una curiosidad: ¿cómo conoció a Andrés? Se casó muy joven, ¿no?

—Vaya, no sabía que eras un cotilla —respondió riéndose—. Lo anoto en mi lista. Pues sí, se casó muy joven y tuvo a su hija muy pronto. Podía haber esperado un poco; pero quién soy yo para opinar. Echa un vistazo a mi historia y mira lo que vale mi consejo. Rosa es muy lista, tenía cabeza para los estudios, pero estaba deseando marcharse de casa. Y no la culpo.

—Entonces ¿se casó por huir del abuelo?

—Sí, creo que sí. Andrés era un buen tipo, pero no le pegaba ni con cola. Ella le daba mil vueltas. Podría haber hecho muchas cosas si hubiera tenido la ocasión. Nosotros no pudimos escoger, fuimos supervivientes. Se casó, tuvo a Raquel, trabajó toda su vida en ese banco y poco más.

—Ya veo. ¡Qué pena! Es como si hubiera vivido a medias.

—¿Eso crees? Las cosas son como son. La felicidad es para los tontos.

—Si eso fuera así, habríamos sido más felices. Yo no creo eso, y tú tampoco. Las cosas se pueden cambiar, no seas tan pesimista. Háblame de ti. ¿Cómo eras de joven? Porque fuiste joven, ¿no?

Se quedó mirando hacia ninguna parte, con una media sonrisa. Me dio la impresión de que mi pregunta tocó alguna tecla que hacía tiempo que no sonaba. Empezó a hablar de su pasión por la literatura, pero el cansancio le impidió decir todo lo que tenía que contar. Daba igual, yo ya estaba satisfecho con la respuesta. El resto de la mañana estuvimos juntos en silencio, seguramente reflexionando ambos sobre lo mismo.

Esa tarde pensaba ir a ver a mi madre. No quería abordar el tema del entierro por teléfono y necesitaba resolverlo cuanto antes. No hubiera sido una buena idea dejarlo todo en el aire y tener que estar haciendo esos desagradables trámites más tarde. Ya resultaba todo bastante duro. No había querido pensar mucho en el momento final, no me sentía preparado. Había intentado

cargármelo pocas semanas antes y en ese momento me agobiaba pensar en su muerte. Era incoherente, pero no extraño tratándose de mí. Desde que había salido del hospital, los momentos con él y con Rosa se habían transformado en algo bastante parecido a una vida en familia.

Delante de la puerta de casa de mi madre estaba bastante tranquilo. Me parecía que habían pasado años desde la última vez que había estado allí. Aquella última visita me había cambiado tanto la vida que me parecía ya lejana. Las circunstancias eran ahora muy diferentes y ya no era la misma persona. Toqué el timbre, resignado y dispuesto a hacer lo que me había llevado hasta allí sin más dramas. Enseguida me abrió.

La casa seguía exactamente igual que siempre. Todo en su sitio, tal y como lo recordaba. Era como si se hubiera congelado en el tiempo. Pensé que las casas, igual que las mascotas, acaban por parecerse a sus dueños. Esa casa era como mi madre, impersonal, nada especial que decir, nada que valga la pena señalar. Me senté en el mismo silloncito en el que mi padre pasaba las tardes de domingo leyendo la prensa. Me sentí bien en ese rincón.

—Voy a prepararte un café. Pero antes dime, ¿qué tal está papá?

—Bastante mal, no te voy a mentir. Está muy delgado y le cuesta andar. En dos semanas ha desmejorado mucho, hay días que tiene fiebre y apenas come. No creo que vaya a durar mucho. Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero...

—Es horrible. Me imagino lo duro que debe de ser verlo así, yo no soy capaz de enfrentarme a eso. No puedo.

—¿Por eso no has ido a verlo al pueblo?

—No quiero verlo. No me juzgues. Ya soy muy mayor y hago lo que me parece —dijo muy seria.

—No, mamá, no te juzgo. Haz lo que te dé la gana. No he venido a reprocharte nada.

Se fue a la cocina y aproveché para repasar mentalmente lo que le iba a decir. No las tenía todas conmigo. Puede que ella no quisiera saber nada del tema del entierro y lo dejara todo en mis manos, lo cual sería un alivio. Estaba claro que se sentía culpable por desentenderse de mi padre y le preocupaba más lo que yo pensara que el hecho de no ir a verle. Mi madre se regía por creencias, obligaciones e imposiciones absurdas, pero estaba en su derecho. Ella había tomado su decisión y era la primera vez que estábamos de acuerdo en algo. Me parecía valiente que siguiera su propio criterio, pero me temía que ella se estaba sintiendo tremendamente cobarde por no enfrentar la situación. Al fin y al cabo, mi padre la había tratado siempre como un trapo. No recordaba ningún gesto de cariño que hubiera tenido hacia ella. Me parecía lo más normal que ya no quisiera estar con él para limpiarle las babas. Lo mío era diferente, yo me había visto metido en esa historia y me había dejado arrastrar. Ahora ya no tenía más remedio que seguir adelante.

Cuando llegó con el café, planteé la situación.

—Mamá, escúchame. Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer cuando llegue el momento. No me gustaría dejar todo en el aire. ¿Quieres que me encargue yo de todo?

—Sí. Lo que tú decidas estará bien. Tu padre hizo siempre lo que le dio la gana y ahora no voy a decidir cómo debe irse. Tampoco voy a meterme en cosas de herencias. Ya estoy vieja y solo quiero estar tranquila. Me gustaría seguir viviendo en esta casa, llevo aquí casi toda mi vida y no tengo otro sitio adónde ir. Por lo demás, no necesito nada. Mi única preocupación eres tú.

—Por mí no tienes que preocuparte. Claro que te quedarás en esta casa que te corresponde por derecho. Y, por lo demás, papá no tiene un duro. Está arruinado, no hay nada por lo que discutir. Me da que esto no te sorprende, sabes muchas más cosas de las que dices. Sé que intentaste mantenerme al margen de vuestras discusiones, y sé también que no tuviste ni de lejos una buena vida con papá. Me gustaría hacer algo por ti.

La miré a los ojos. Se asomaba una lágrima discreta, como era ella. Como era su vida. La suya fue una educación estricta y sin margen para las emociones. Eran debilidades vergonzosas que había que ocultar a toda costa, y cuando afloraban, se miraba para otro lado. Le cortaron el impulso de sentir igual que se siega un campo, pero sin arrancarlo del todo. Los deseos son tan parte de nosotros que ninguna bofetada de un padre puede aniquilarlos. Esos golpes hacen daño, pero no matan. Me venía a la mente la imagen de mi madre como una niña a la que amputaron la ilusión muchas veces en aras de una vida conveniente, ajustada al patrón, lo que se ha hecho toda la vida. Por su bien.

La abracé. Sentí en su cuerpo menudo que estaba derrotada, cansada de vivir. La imaginaba pasando los días sin objetivo, en un desfile de dolores incómodos y quizás algunos momentos agradables frente al televisor. Me sobrecogió.

—Mamá, cuando papá ya no esté, ¿por qué no te vienes a vivir conmigo a la casa del pueblo? Estarías muy bien allí. Buscaré un trabajo y podrás dedicarte a lo que te guste.

—Te lo agradezco mucho, de verdad —me miró complacida—, pero yo quiero morirme aquí, en mi casa. Me gusta estar aquí. Tú tienes la vida por delante, no quiero ser una carga para nadie. Solo quiero estar tranquila y saber que tú estás bien.

—Como quieras, pero creo que estarías mejor conmigo que aquí sola. No tienes por qué decidirlo ahora.

Estuvimos un rato más charlando. Antes de irme le pedí que me diera alguna ropa para mi padre. Pasamos un par de horas revolviendo en su armario. Me sorprendió ver las cosas de mi padre intactas en la mesilla, como si no se hubiera ido nunca. Allí estaban sus gafas de leer, supuse que no se las llevó porque ya no le servían para nada. Entendí que mi madre las hubiera dejado allí, sin tocarlas. Me pareció un detalle de sensibilidad. En ese rato mi madre estuvo contenta, me gustó verla así y pensé que, viviera o no conmigo, trataría de darle alguna alegría en la medida de mis posibilidades. Me fui de su casa muy animado.

Al llegar estaba Rosa preparando la cena. Me quedé observándola desde la puerta de la cocina, sonriendo mientras ella me preguntaba acerca del encuentro con mi madre. No podía evitar sonreír al verla tan alegre y resuelta, reinando en su mundo imperfecto con tanto poder. A estas alturas, tenía claro que ella sabía lo que yo sentía. Quería creer que no le molestaba mi

admiración. Le conté lo que había pasado y me dio un beso, por esto o por aquello siempre me daba alguno, pero esta vez le devolví un beso en los labios. No se amilanó, no era de esas. Me retó a volver a repetirlo. No lo pensé ni un segundo así que cuando terminó la frase yo ya la había vuelto a besar. Hay ciertas cosas que saben a última oportunidad. Los besos de Rosa sabían a eso, y a café con azúcar. Me volví loco sintiendo su boca que me buscaba, mi cuerpo no estaba dispuesto a pararse en divagaciones éticas. Me miraba directamente a los ojos, desafiándome. Si me hubiera muerto en ese momento, me habrían enterrado con cara de bobo. Ella ya no era mi tía. Era la mujer que me había salvado la vida. Me arrancó del fondo de un pozo. La necesitaba en mi vida, como fuera. Mientras estaba ahí parado tratando de recobrar el pulso, mi padre se moría en el piso de arriba.

Tuve claro que no iba a dejar pasar la oportunidad de mi vida.

—Quédate conmigo cuando todo esto acabe —le solté, con el corazón a mil.

No respondió nada. Me acarició la cara con ternura, se dio la vuelta y continuó con sus tareas. Me quedé allí plantado con la frase aún caliente en los labios.

A partir de aquel día, Rosa se distanció de mí. Gracias a mi natural tendencia al drama, me desesperé. No volvimos a hablar de aquello, prácticamente solo hablábamos de las cosas relativas a mi padre. No hubo respuesta a mi oferta de vivir juntos. Estaba claro que me había equivocado. Se me pasó de todo por la cabeza. Si de algo estaba seguro, es de que ella no estaba segura, así que no quise presionarla. En lo relativo a los sentimientos no sirve de nada pedir, imponer o tratar de entender. Lo dejé correr, muy a mi pesar. Sin embargo, pensaba en ella.

Mientras yo me consumía por dentro, mi padre lo hacía en todos los aspectos. Tuve que llevarlo a urgencias en un par de ocasiones porque no le bajaba la fiebre. Lo trataron bastante mal. Parece ser que a los viejos no les toca ninguna cuota de amabilidad, ese privilegio es para los que aún pintan algo en la vida. Prácticamente ni lo miraban; al final se le acababa pasando la fiebre solo por el tiempo que estábamos allí esperando que nos atendieran. Esas horas de espera me deprimían. Éramos números en una larga lista, simples bultos. En urgencias las personas no están precisamente en su mejor momento. El dolor deja tan maltrecho al orgullo como al propio cuerpo. Aquellas personas solo necesitaban algo de consuelo. No lo iban a encontrar allí. Los acompañantes llevaban la resignación escrita en la frente. Cuando se iba relajando la compostura por la impaciencia de las horas de espera, asomaban algunos gestos sutilmente desagradables y miradas de refilón hacia la salida. Nadie quiere tener la enfermedad cerca. No esperaba ver mimos y caricias, eso se ve en las salas de espera de pediatría, pero no con los viejos. Odiaba estar allí en ese ambiente, pero era lo que tocaba. Trataba de agarrar a mi padre fuertemente del brazo para hacerle notar que no estaba solo. Hubiera preferido otro final, que no tuviera que sufrir tanto, que no tuviera que ser consciente de su decadencia física. Nadie se merece eso. Lo estaba pasando mal y me sentía solo. Rosa había decidido no acompañarme en este viaje. Supuse que era demasiado complicado para ella encajar lo que había pasado entre nosotros. Al fin y al cabo, éramos familia. Para mí no era un problema, pero eso ya no dependía de mí. Mi padre sí y en él centré todos mis esfuerzos lo mejor que pude. Deseé un milagro que no llegó.

Una mañana mi padre dejó de pelear. Cuando subí a despertarlo aún respiraba, lo ayudé a incorporarse y lo llevé al baño. Se desplomó como un pajarillo delante de mí sin darme tiempo a reaccionar. Lo agarré en el suelo y quise decirle que todo iba a ir bien, pero no pude porque no era verdad. Yo estaba asustado suplicando por dentro que no se muriera así. Nunca olvidaré sus ojos, primero clavados en mí, luego en alguna parte a la que yo no podría ir con él. Grité con la poca fuerza que tenía y cuando subió Rosa llamó a una ambulancia. Lo acogí en mis brazos como a un niño, como él debió tenerme a mí hace muchos años, cuando la vida aún era valiosa y

las sonrisas salían sin esfuerzo. Me llegaron de golpe las sensaciones de entonces, con mi padre en pantalón de pana las mañanas de domingo, el olor de su tabaco, la música clásica sonando en el salón. Él, inmenso, llenándolo todo. Llegaba el final y no estaba preparado, no quería estarlo. No quería dejarlo ir. Le supliqué que no se rindiera. Entre lágrimas y babas dejé todo mi aliento para decirle que le quería. No sirvió de nada. Noté cómo se dejó llevar. Cuando llegó la ambulancia, no pudieron hacer nada. Certificaron su muerte y se me rompió algo en alguna parte dejándome helado. No pude derramar más lágrimas hasta años más tarde, se fueron con él. Su marcha no me dejó paz, me dejó ansiedad por las noches y un enorme sentimiento de culpa.

Las horas siguientes yo estaba como un zombi. Por suerte ya había dejado todo el tema de la incineración arreglado. Se lo llevaron al tanatorio y lo que me tocaba era avisar a mi madre. Seguramente fui muy frío al darle la noticia. Ella se lo tomó bien, al menos en apariencia. La que lo llevó peor fue Rosa, la vi perder el control. Hubiera matado por que se apoyara en mí. No lo hizo. No era el momento de ser egoísta y dejé que ella decidiera lo que hacer con su dolor sin ningún rencor por mi parte. Cosa suya.

El velatorio fue un calvario. Siempre me había parecido un asunto tremendamente molesto y artificial velar a los muertos. La mayoría de la gente que acude son solo conocidos del difunto y tratan de poner cara de gravedad cuando dan el pésame. A mí me resultaba ridículo y hasta cómico el intento: tanta impostura y fingimiento bajo el amparo de la educación y las buenas formas. A muchas de las personas que se acercaron a compartir mi sentimiento no las había visto en años y estaba seguro de que mi padre tampoco. Gente relacionada con el negocio y amigos de la familia que nos habían visto cuatro veces en su vida. Aun así, hice un esfuerzo por ser amable y no decir lo que me pasaba por la cabeza. No quería buscar problemas en un momento tan delicado. Solo estaban siguiendo el mandato social, lo que toca, como si no hubiera otra opción. Siempre hay otra opción y es no hacerlo. Estaba deseando que se acabara de una vez por todas para marcharme a casa con mi dolor y mi desgana. Con la música a otra parte. Rosa estaba muy afectada y mi prima Raquel estuvo pegada a ella todo el tiempo. La relación entre ellas había tenido altibajos, pero en ese momento se las veía unidas. Al menos se tenían la una a la otra. Yo estaba totalmente solo. Cuando mi prima se acercó a abrazarme, sentí una punzada de nostalgia. De niños habíamos sido inseparables y después la vida nos puso donde quiso, como siempre pasa. No le había ido tan mal, hacía su vida, tenía un trabajo interesante y estaba viviendo con su novio. Sin embargo, siempre tuvo un aire de melancolía que en ciertos momentos de su vida rozó la depresión y sospechaba que culpaba a su madre de cosas de las que yo no tenía ni idea. Si la muerte de papá servía para acercarlas de nuevo, tanto mejor. Yo estaba un poco dolido por la actitud de Rosa respecto a mí después de todo lo que habíamos pasado juntos. No entendí su distanciamiento tan repentino y sin darme una explicación, pero sentía un enorme respeto hacia ella y no deseaba otra cosa que verla feliz. Tuve una bonita conversación con mi prima recordando algunos momentos divertidos de mi padre. Me gustó escucharla. Tras varias horas atendiendo a todo el mundo, estaba agotado. Poco a poco la gente se fue marchando. Cuando ya había recogido la chaqueta para irme y llevar a mi madre a casa, Rosa se acercó para decirme que Raquel se quedaría esa noche con nosotros. Me pareció bien. Me abrazó y agradecí el gesto.

Me fui con mi madre y después de dejarla me entró vértigo por lo que me quedaba por delante. Estaba cansado de pensar, de vivir, sentía una mezcla de náusea e incomodidad. Me iba a costar dormir esa noche. Me hubiera metido una sobredosis de pastillas si las hubiera tenido a mano o las hubieran vendido sin receta en una farmacia. Al llegar a casa subí las viejas escaleras, sonaba un crujido a cada paso y pensé que ese ruido iba a ser mi única compañía allí. Me dejé caer en la cama como un saco de plomo y, en contra de lo que pensaba, me quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente tenía la misma sensación de vacío con la que me acosté. No esperaba milagros y sabía que me quedaban muchos días, semanas, meses o puede que años sintiéndome así. Moje mis pocas ganas en el lavabo para despejarme un poco y bajé aún medio dormido. En la cocina se oía jaleo: Rosa y Raquel charlaban animadamente. Raquel era la única prima que tenía y le tenía un gran cariño. En cuanto a Rosa, ya no la veía como mi tía, me resultaba imposible. Ellas eran muy diferentes, tanto en lo físico como en el carácter. Rosa había sido madre muy joven y realmente no había mucha diferencia de edad, pero además Raquel era muy seria y eso la hacía parecer algo mayor. Podrían haber pasado por hermanas. Cuando las vi juntas en la cocina sentí cierta envidia. Los lazos familiares profundos recomponen con facilidad lo que se ha roto. Yo nunca tuve esa conexión con mi madre.

Charlamos los tres durante el desayuno. Rosa estaba contenta, la sola presencia de su hija parecía levantarle el ánimo. La forma en que la miraba con esa mezcla de orgullo y mimo lo decía todo. A mí nunca me había mirado así. Estaba un poco celoso. Aún me escocía su cambio tan radical, pero no hubo reproches por mi parte ni nada que no fuese gratitud hacia ella. Entendí que se había acercado a mí en un momento en el que me necesitaba, y ya no. No estaba dispuesto a vivir algo que no fuera real. Era mejor así, no me apetecía un amor cargado de culpabilidad. No hubiera podido soportar la decepción en los ojos de nadie nunca más. Prefería a Rosa como estaba ahora, con su conciencia tranquila, su mundo conocido, con su hija, su trabajo y lo que fuera que la hiciera feliz. Comentó que se iría a pasar una temporada a casa de su hija y ambas se ofrecieron a quedarse mientras me hiciera falta su compañía. Por supuesto decliné la oferta y les dije que prefería estar solo para poner en orden mis cosas.

Al cabo de unos días, ya no quedaba nadie en la casa. Me quedé solo con una urna donde estaban las cenizas de mi padre, una enorme casa destartada y excesivamente grande para mí y un montón de ilusiones hechas pedacitos esparcidas por la cocina donde una vez estuve con Rosa. No era el mejor punto de mi vida, pero estaba vivo.

Después de la tempestad no viene la calma, viene el vacío. Durante las siguientes semanas, fui un autómatas. Me levantaba, hacía las cosas del día a día y poco más. Intentaba no pensar demasiado y a ratos me olvidaba de todo. Buscaba pequeñas distracciones. Esos días descubrí el gusto por la jardinería, lo cual fue todo un hallazgo. Me propuse arreglar el jardín, magnífico y salvaje, lo mejor de ese caserón ruinoso y parte de los mejores recuerdos de mi niñez. Me apetecía devolverle el esplendor que había tenido hacía años; no solo el estanque que alguna vez tuvo peces de todas las clases, también los árboles frutales, los setos que ahora estaban deformes, los rosales y las plantas que aún no había identificado. Compré herramientas nuevas y material diverso y busqué por internet consejos y trucos de jardinería. También pensé en empezar a buscar trabajo, pero esa tarea no me ilusionaba tanto. Era un incordio tener que hacer entrevistas absurdas y construirme una imagen. No me veía con fuerzas para eso, así que lo fui dejando, aunque me molestaba en la mente. No estaba haciendo lo que debía y la mala conciencia me amargaba de vez en cuando.

Esa tarde tenía pocas ganas de salir al jardín y me puse a ordenar la ropa que me había dado mi madre la última vez que fui a verla. Pensaba donarlo casi todo, pero tenía la esperanza de que hubiera algo medianamente decente que me sirviera porque, francamente, necesitaba ropa nueva y detestaba ir de compras. No tuve mucha suerte, mi padre no había tenido mucho interés por la moda y toda la ropa estaba desfasada. Esas camisas de jubilado y esas chaquetas que pretendían ser elegantes me daban bastante repelús. Fui doblando todo y metiéndolo en bolsas. Había una chaqueta por la que mi padre tenía predilección y estuve un rato con ella en la mano dudando si quedármela o no. Me la puse y no me sentaba mal, quizás con el pantalón adecuado podría pasar. Metí las manos en los bolsillos y noté que había un papel. Lo saqué. Era un número de teléfono, un móvil. Debía de ser importante si se tomó la molestia de guardarlo. Tuve un pálpito, me senté en la cama con el papel en la mano para respirar hondo y no dejarme llevar por mi imaginación, que ya estaba acelerada sacando todo tipo de conclusiones. Pensé que podría ser el teléfono de Sandra. A lo mejor mi padre me había mentido y había seguido en contacto con ella después del juicio. Al fin y al cabo, me había estado mintiendo casi toda la vida. Puede que hubieran sido amantes todo el tiempo. Pero para qué iba a guardar el teléfono de su amante, arriesgarse a que lo pillaran cuando solo tenía que memorizar nueve dígitos. Claro que ese teléfono también podría ser el de un viejo amigo al que se hubiera encontrado en la calle después de años y lo hubiera apuntado en un papel con la intención de llamarlo en algún momento para tomarse un café. Y ahí se quedaron, olvidados en una vieja chaqueta, el teléfono, el café y el amigo. Lo mejor que podía hacer en este caso era llamar y punto. Fui a darme una ducha para despejarme con la firme

intención de llamar a ese número y no pensar mucho más en las consecuencias. Una vez con mi móvil en la mano entré en pánico, pero ya no me iba a echar atrás. Marqué. Sonó varias veces, aunque yo solo podía oír mi propio corazón dando la nota. Me iba a dar algo. Cuando ya estaba a punto de claudicar, alguien descolgó al otro lado. La suerte estaba echada.

—¿Sí? —Una voz femenina, conocida. Reconocida. Era ella—. ¿Diga? ¿Quién es? —preguntó.

—Hola. Soy Roberto.

Silencio sepulcral. «Vaya sorpresa, Sandra, esto no te lo esperabas», pensé. Mi ansiedad desapareció de golpe, eso era lo que había estado buscando desde hacía meses, y por fin la tenía ahí, al otro lado del teléfono completamente descolocada. Lo disfruté.

—¿Roberto? ¡Vaya!... ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo! Oye, siento lo de tu padre.

—Ah, ¿te enteraste? —respondí, con algo de malicia.

—Sí, claro. ¿Estás bien?

—Tengo mis momentos.

—Ya, imagino. Eh..., ¿por qué me llamas? —dijo en un tono áspero—. No lo entiendo, después de lo que pasó no contaba con volver a hablar contigo. ¿Dónde has conseguido mi número?

—Adivina. —Hice una pausa con toda la intención—. Acabo de sacarlo del bolsillo de una chaqueta. Ni siquiera sabía que te estaba llamando a ti. Qué curioso, ¿verdad?

Silencio de nuevo. Me estaba sabiendo a gloria. Notaba su incomodidad, pero no iba a facilitarle las cosas. Ella no tenía ni idea de lo que yo sabía, lo cual me daba una gran ventaja.

—Ya..., entiendo. Mira, Roberto, dime qué quieres.

—Nada. Ya te he dicho que vi el número y lo marqué sin saber de quién era. Y me has contestado tú, ¡qué extraño! ¿Qué hacía tu número en la chaqueta de mi padre? Me acabo de quedar de piedra.

—No te creo.

—Cosa tuya —repliqué.

—Voy a colgar —anunció, nerviosa—. Esto no tiene sentido.

—Espera. Quiero preguntarte algo, ¿duermes bien por las noches? Tengo curiosidad.

—Mira, Roberto, todos tomamos malas decisiones en el pasado. Cometimos errores. Yo lo único que quiero es olvidarlo y seguir con mi vida.

—Y yo quiero la verdad. Ni más, ni menos. Creo que me la debes.

—No tienes cojones para oír la verdad. Esa es la verdad.

—¡Qué bonito eso que dices! Aunque no me sorprende. Siempre me has tratado como a un imbécil. Ya no sabes nada de mí, no tienes ni idea de lo que he pasado el último año. Y tú me has jodido la vida. Quiero verte, que me digas a la cara lo que tengas que decirme, y te aseguro que no volveré a llamarte jamás.

—¿Vernos? —preguntó sorprendida—. ¿Te has vuelto loco?

—Sí, ¿de qué tienes miedo? No voy a matarte, no lo hice cuando pude, ¿recuerdas?

—Venga, hombre, guarda tu sarcasmo. No tengo ningún problema en decirte lo que pienso. Si soy sincera, pensé alguna vez en llamarte. Bueno —dudó—, podemos vernos un momento, pero te advierto que nada de lo que hablemos hará que cambien las cosas entre nosotros.

—Sandra, no quiero volver contigo si es lo que insinúas. Ya he tenido suficiente, ¿no crees?

—Yo no creo nada. Tengo mis propios problemas. ¿Dónde estás? ¿Dónde quieres que nos veamos?

—Me acercaré al centro. Podemos quedar en una cafetería y así te aseguras de que no voy a ir armado con mi cuchillo de cocina.

—Muy gracioso. Acabemos con esto cuanto antes. Si puedes, mañana por la tarde, pero te advierto que tengo poco tiempo. A las cinco, en el Café Moderno.

—Nuestro café. Al final resulta que eres una sentimental.

—¡Menos coñas! No puedes acercarte a mí, recuerda. Esto no es un juego. Si veo cualquier cosa extraña, llamaré a la policía allí mismo.

—Uf, me estás acojonando. Venga, ¡déjate de rollos! A las cinco. Allí estaré.

Colgó ella primero. Todavía no podía creerme lo que acababa de pasar. No tenía muy claro si me había vuelto loco o era la mejor decisión, pero ya estaba hecho. Iría a la cita con mi pasado y trataría de encontrar lo que había estado buscando tanto tiempo. Puede que ella tuviera algunas respuestas, puede que le diera algo de sentido al despropósito que había sido nuestra vida juntos, podría incluso darle la vuelta a todo. También podría ser que no hubiera nada que decir, nada que añadir, nada que objetar. Quizás estaba agarrándome a la falsa esperanza de que las cosas tuvieran una lógica, una razón de ser. Puede que las cosas solo sucedan porque sí.

Al día siguiente apenas probé bocado, tenía un nudo en el estómago. Me puse la mejor ropa que tenía y aun así parecía un fante. Hubiera querido presentarme espectacular ante Sandra, pero era lo que había. Sin embargo, me sentía extrañamente bien, seguro de mí mismo. Con ese ánimo salí de casa y estaba en la cafetería diez minutos antes de la hora. Pedí un café cargado. Al poco rato entró ella. Cuando la vi, se me paró el corazón. Adiós seguridad.

Me hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesa muy decidida. Se sentó enfrente de mí. Estaba delgada, casi demacrada, iba poco maquillada y tenía unas ojeras muy marcadas que le daban un aspecto casi gótico. El cabello corto le marcaba los ángulos de la cara y los pómulos, perfectamente definidos, le daban un aire elegante. Sandra tenía una belleza que siempre me pareció irresistible, algo casi mágico que nunca supe identificar del todo. Su voz era lo mejor. Tras un saludo de cortesía me miró directamente a la cara y me pidió que le dijera lo que quería saber. Fui muy directo.

—Háblame de tu relación con mi padre. Me contó su versión, pero quiero saber la tuya.

—Te lo cuento por encima, no quiero entrar en detalles. Tu padre ya no está y no ganamos nada con eso. Lo conocí en la tienda. Al principio era un simple coqueteo, pero me enganché. Era el tipo de hombre que necesitaba en ese momento, me hacía sentir bien y me daba estabilidad. Yo entonces estaba en tratamiento por una depresión. Además, él me mantenía económicamente. La cosa se complicó. Intentó dejarme varias veces, pero no se lo puse fácil. Hice muchas tonterías, la verdad, hasta amenazarlo con contárselo todo a tu madre. No era feliz

con ella. Yo le daba cariño, lo escuchaba, pero por aquella época estaba desquiciada y era bastante tóxica. Después te conocí a ti. Supongo que no me creerás, pero fue puta casualidad. No me metí en una relación contigo por estar cerca de él, si es lo que piensas.

—Yo no pienso nada, Sandra. Estuve muy engañado, lo hiciste muy bien. Tienes un gran talento para la interpretación, enhorabuena —dije, dejando en evidencia mi resentimiento.

—Ya, no te culpo por pensar así. Tú no esperabas grandes cosas de mí, te conformabas con poco. Durante un tiempo fui feliz contigo y soñé con tener mi propia familia, pero se ve que yo no sirvo para eso. Me fui desencantando poco a poco, seguí viendo a Manuel, como sabes, y seguí aceptando su dinero hasta el día que nos viste juntos.

—Y montaste todo el numerito del juicio para sacarle más dinero.

—El tema del juicio fue una cagada, pero no voy a flagelarme ahora por eso. Necesitaba dinero y vi la oportunidad. Quería empezar de cero, una nueva vida donde poder sentirme normal. Entonces estaba con alguien, un buen tío que lo quería todo conmigo.

—¡Madre mía! Lo sospechaba, pero quería oírtelo decir. Y... ¿dónde está ahora ese tipo?

—No lo sé. Durante un tiempo nos fue bien, hicimos planes, soportaba mis neuras y creo que le hacía ilusión cuidar de mí. Todo se fue a la mierda por mi culpa. Yo tomaba medicamentos para todo, para dormir, para comer, para vivir, no lo controlaba. Me quedé embarazada. A los pocos meses, se me fue la mano con las pastillas y perdí al bebé. —Le cambió la expresión, tuvo que tragar saliva para poder continuar hablando—. El médico lo dejó muy claro. A partir de ese momento, me odió. Yo también me odié. El resto no me apetece contártelo.

—Vaya historia. Lo siento, supongo.

—Ya. Y tú..., ¿rehiciste tu vida?

—Sí, claro. Tengo mujer y tres hijos. No han podido venir hoy.

Nos reímos. Bueno, yo me reí, lo de ella era otro mundo. Me sentí un gilipollas mirando a Sandra de esa manera, pero yo era así. Un idiota.

—Mira, Roberto —continuó—, lo que hice no lo voy a arreglar. Tu padre fue feliz a ratos. Además de mí, tenía otros vicios y se quedó en la ruina. No sé qué sabes tú sobre eso, pero prefiero no remover más las cosas. En cuanto a ti, no te merecías esta mierda.

—Yo te quería. Estaba loco por ti. Si me hubieras contado esto antes, te habría perdonado. Soy un imbécil, ¿recuerdas?

Sonrió. Me miró con un gesto que me pareció cariñoso. Charlamos un rato más sobre los giros, los tiempos muertos de su vida, de la mía, le dije...

—¿Y si la vida fuese una espiral infinita, en la que todo se repite?

—Pues si eso fuese así, tú y yo volveríamos a estar juntos. —Me lanzó una mirada pícar—. ¿No sería poético?

—¡Sería trágico! —Hice un gesto de llevarme las manos a la cabeza—. Me engañaste con mi propio padre, me mentiste acerca de casi todo, no sé si me habrás dicho alguna verdad en toda nuestra relación. Me dejaste sin trabajo por culpa de un juicio injusto, un teatro. Me dejaste hasta sin herencia.

—Sí. Y tú intentaste matarme con un cuchillo de cocina.

—Venga, Sandra. Sabes que no iba a hacerlo.

—Cierto, pero lo negaré todo delante de un juez —dijo con una media sonrisa.

—Has ido demasiado lejos con eso, yo te importaba una mierda.

—No se trataba de ti. Siento el daño que te hice. —Su tono se volvió serio—. No voy de víctima, pero la vida nunca me resultó fácil y tengo un don para tomar malas decisiones. No pierdo la esperanza de sentirme bien en algún momento, de llevar una vida normal.

—Normal, ¡vaya cosa! Yo nunca me sentí normal. Mira, cuando me enteré de que mi padre estaba muy enfermo me acerqué de nuevo a él. Al principio fue por revancha. Tenía dudas, también hice tonterías que no me apetece contar, pero luego empecé a entender y a perdonar. No quiero mirar atrás, Sandra. Yo ya no soy la persona que estuvo contigo, para bien o para mal.

En ese momento la llamaron por teléfono. Se disculpó diciendo que tenía que irse.

—¿Has encontrado lo que buscabas en esta conversación? —dijo mientras se ponía el abrigo.

—Puede. —Vacilé un momento—. Solo una cosa más, ¿qué hacía un papel con tu número en el bolsillo de la chaqueta de mi padre?

—Ni idea. Quizás solo estaba ahí para que tú lo encontraras. Yo no le doy tantas vueltas a todo —continuó mientras me miraba y sonreía—. Me fastidia, pero me tengo que ir ya.

—Vale. ¿Sabes? Espero que seas feliz. Yo te invito al café.

Me levanté para ir a la barra y pagué los cafés. Cuando volví a la mesa Sandra ya no estaba. Había dejado algo escrito en una servilleta. Me acerqué a ver lo que ponía.

«Me encantaría volver a verte».